

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El coronel Popitek

Monique Lafrance es una bellísima bailarina francesa que está actuando en el cabaret L'Etoile, de Alejandría. Es tan bella que todos se enamoran de ella, pero pocos tienen la suerte de ser correspondidos. En realidad, el único afortunado, al parecer, es un tal Elvis Tompkins, que se las promete muy felices con ella…, pero sin olvidar en modo alguno sus «negocios». El tal Tompkins presume de ser norteamericano y persona importante y adinerada. Y sí que tiene que ser forzosamente por lo menos adinerada, ya que está dispuesto a pagar un millón de libras esterlinas por unos perfectos planes de invasión fulminante de cierto país…



Lou Carrigan

El coronel Popitek

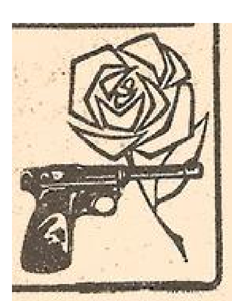
Brigitte en acción - 53

ePub r1.0
Titivillus 30.06.2017

Lou Carrigan, 1966
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El cabaret L'Etoile, sito en Sharia El Cadi Sanad, en el Barrio Árabe de Alejandría, estaba rebosante de público. Había unos pocos europeos, pero predominaban los árabes, la mayoría de los cuales vestían a la europea; se veían muy pocos ataviados con la clásica chilaba. El conjunto era heterogéneo, pintoresco: rostros negros, rostros oscuros, rostros blancos… Ropas de todos los colores y formas…

A no dudar, cada uno de aquellos hombres tenía una muy diferente visión y opinión de la vida.

Pero todos estaban de acuerdo en una cosa: Monique Lafrance, la escultural bailarina francesa traída directamente de París por el propietario de
l'Etoile,
era una maravilla. Una sensación absoluta. Una auténtica hurí del paraíso.

En aquel ambiente lleno de humo, espeso, casi asfixiante, ella destacaba como una luciérnaga en la noche, bailando en el escenario una de las variadas danzas árabes en las que los velos tienen tanta importancia…, sobre todo cuando, uno tras otro, van cayendo al suelo, suavemente, lentamente. Todos los ojos estaban fijos en la hermosísima y escultural Monique, que estaba desprendiéndose del penúltimo velo. Ya no se oían voces en árabe, francés, inglés, alemán… No se oía nada, excepto la ardiente música a cuyo ritmo se agitaba frenéticamente Monique, la más hermosa bailarina que habían visto en
L'Etoile…
Y la música iba aumentando de tono, de ritmo, de furia, mientras, en el escenario, la bellísima parisina demostraba que se podían bailar danzas árabes siendo europea.

De pronto, se oyó un fuerte suspiro, el penúltimo velo salió por

el aire, como flotando en el humo, y la música cesó. De pronto, de golpe. Luego, un instante de silencio, una inclinación de cabeza de la bailarina…, y una salva de aplausos.

Quien más fuerte aplaudía era uno de los hombres blancos, sentado solo a una mesa, fumando cigarrillos americanos, bebiendo whisky, sonriendo mientras aplaudía y silbaba con entusiasmo.

La bailarina Monique Lafrance desapareció, el ambiente se calmó, se encendieron las luces, se oyeron de nuevo las voces en varios idiomas…

El hombre blanco que fumaba cigarrillos americanos y bebía whisky, miró su reloj y sonrió. Tenía tiempo. No demasiado, pero sí el suficiente.

Llamó con una seña a uno de los camareros árabes, que se acercó prestamente.

—Champán —pidió el hombre blanco—. Del más caro, y que esté bien fresco.

—Sí, señor Tompkins… ¿Dos copas?

—Dos —sonrió Tompkins.

Tenía sus buenos motivos para pedir dos copas, aunque de momento estuviese solo a la mesa. Muy buenos y hermosos motivos, como quedó demostrado cuando, apenas cinco minutos más tarde, la magnífica y bellísima bailarina apareció en el salón, dirigiéndose directamente a su mesa, en la cual ya estaban esperando las dos copas y la botella de champán…

Monique Lafrance llegó allí, se quedó mirando sonriente a Tompkins, que se había puesto en pie, y saludó:

—«God nuit»…

—Siéntate —rió Tompkins, hablando en francés—. Y no te esfuerces más en hablar inglés, Monique. Nos entenderemos magníficamente en francés, como otras noches.

Ella se sentó, miró la botella de champán, las copas y movió graciosamente las larguísimas pestañas, sombreando unos enormes y magníficos ojos azules.

—¿No hablo bien el inglés? —preguntó.

—Pues… No. ¡Desde luego que no! —volvió a reír Tompkins—. Has querido decir «buenas noches», supongo.

—Oh, sí…

—Pues has dicho una palabra en inglés y una en francés. En

francés, en efecto, has dicho «noche», pero en inglés no has dicho «buena», sino «Dios». «God» es Dios. Para decir «buena» has de decir «good».

—¿«Good nuit»?

—¡«Good night»! —volvió a reír Tompkins—. Parece que el inglés te está resultando un poco difícil.

—Ya lo aprenderé, poco a poco. ¿Me invitas a champán, Elvis?

—Para eso lo he pedido. Sólo que… Bueno, me temo que no podré estar mucho rato contigo esta noche.

Monique Lafrance se quedó mirando el champán que Tompkins escanciaba en su copa. Cuando él bajó la botella, alzó su azul mirada, y pareció esforzarse en sonreír.

—¿Tienes que marcharte?

—Dentro de un rato.

Ella se esforzó en mantener en sus labios aquella leve sonrisa, y parpadeó de nuevo, mirando con adoración a Elvis Tompkins. Éste medía seis pies y una pulgada, era moreno de tez, ojos claros, atlético, elegante, muy agradable, varonil. Sus ademanes eran un tanto bruscos, pero seguros, infalibles, diametralmente opuestos a los del clásico americano desgarbado que parece capaz de romper todas las botellas y vasos que estén a su alcance sólo con el movimiento de ir a tomar su copa.

—Comprendo —musitó al fin Monique.

—¿Comprendes? ¿Qué es lo que comprendes?

—Ya te has cansado de mí, Elvis.

—¿Cansarme de…? ¿Por qué dices eso?

—Ayer te di lo que querías. Hoy, ya no te intereso. Es natural. Yo he sido un poco tonta, eso es todo. Hace tres días que me viste por primera vez, te gusté, anoche salimos… Hoy todo ha terminado. Una botella de champán, una sonrisa, y *Adieu*, Monique! ¿No es así?

—¡Claro que no! ¡Pero muñeca, yo no me separo fácilmente de una mujer como tú! Escucha, nena: hace tres días aparece en mi cabaret favorito una nueva estrella francesa, llamada Monique. La veo, la invito a champán, ella sonríe, vacila, parece que me encuentra simpático, y acepta… Ésa eres tú. A la segunda noche, salimos…, y para mí es delicioso Tanto, que pienso hacer lo necesario para que salgamos muchas otras noches… Todas las que tú quieras. Y, además, estoy encantado de que el propietario de

L'Etoile,
siquiera sea por una vez en la vida, haya contratado una bailarina de verdad y que resulta ser la mujer más hermosa que he visto jamás. Agradable, simpática, dulce, hermosa… ¡Demonios, querida, no se puede pedir más!

—Entonces… ¿te quedas? —musitó Monique.

—Esta noche no puedo.

—¿Otra mujer…?

—No digas tonterías.

Monique Lafrance estuvo unos segundos vacilante. Bebió un sorbito de champán y susurró:

—Elvis, yo me estoy enamorando de ti. Si hay otra mujer, o no te has tomado en serio lo que te dije anoche, es mejor que ya no vuelvas a verme. Dímelo a tiempo… Es todo lo que te pido.

—No hay ninguna mujer, aparte de ti. Oh, vamos no seas niña, Monique… Me gusta que seas tan dulce y cariñosa como aseguran que son las francesas. Me parece estupendo. Pero, por favor, los celos son muy desagradables. Además, en tu caso, no hay motivos para que los sientas.

—¿De verdad, Elvis?

—¡Claro!

—Gracias —sonrió ella dulcemente—. Gracias, Elvis. Mira, yo no… Bueno, es la primera vez que vengo a África. He estado en España, en Italia, en Bélgica… Pocos días, cada vez. En todos los sitios he conocido hombres agradables, que querían… Y en Francia, claro. Nunca he sentido lo que siento ahora por un hombre, y… sería triste para mí que cuando encuentro al que me gusta, él se estuviese… divirtiendo conmigo, simplemente. Yo comprendería eso, pero al menos quisiera saberlo, no hacerme ilusiones que luego se romperían…

Elvis Tompkins cogió una mano de Monique, sonriendo.

—Eres deliciosamente tonta, querida. ¿Por qué insistes tanto? No pienso burlarme de ti, si es eso lo que te preocupa. ¿Más champán?

—Un poquito…

Monique Lafrance adelantó su copa, y Tompkins la volvió a llenar, sonriendo. Parecía un poco halagado por el hecho de que todos los hombres del salón mirasen a la bailarina, ya vestida de

calle, con un vestidito ligero y muy elegante, modelo parisino, que le sentaba magníficamente. Lo cierto era que Monique Lafrance era la clase de mujer que estaría hermosa y elegante con cualquier atavío. Sus labios eran sonrosados, un poco alargados, llenitos, y en el centro dejaba un huequecito delicioso, dulcísimo. La barbilla era un poquito voluntariosa, pero muy femenina, con una ligera hendidura en el centro, como un hoyuelo delicadísimo, simpático Todo su cuerpo era una maravilla de proporciones, y las manos, blancas, con un suave tono dorado de sol, eran un digno remate bellísimo, no muy largas las uñas, bien manicuradas, finísimos los tiernos deditos…

—Monique, eres maravillosa.

Ella parpadeó alegremente, y pareció que de sus ojos brotasen destellos azules.

—¿De verdad lo crees así, Elvis?

—Naturalmente. De otro modo, hace tres noches, cuando debutaste aquí, no me habría molestado en invitarte a mi mesa.

—Entonces, me alegro mucho de ser… maravillosa.

Elvis Tompkins volvió a reír. Encendió un cigarrillo y lo tendió a la bailarina, que lo aceptó con una sonrisa.

—¿De verdad no podrás volver, Elvis?

—Esta noche, temo que no.

—Bien… Ya he terminado mi trabajo aquí, de modo que, aunque sea sola, creo que daré un paseo por Alejandría. ¿Te molesta?

—Desde luego que no —aseguró Tompkins—. Pero ten cuidado. Una mujer sola por según qué lugares, y de noche…

—Iré al centro. Además, monsieur Troyat, el dueño de L'Etoile, ha sido tan amable de ofrecerme su coche viejo, el pequeño… De modo que no iré a pie.

—Podrías esperar a mañana para salir de paseo. Te acompañaría.

—Si no estuviese alojada aquí mismo, lo haría. Te esperaría, Elvis. Pero tengo ganas de salir de L'Etoile, aunque sólo sea un rato…

El norteamericano sonrió secamente.

—Tengo la impresión de que, cuando recibiste la oferta de

contrato allá en París, creías que
L'Etoile
sería… otra cosa.

—Así es —musitó Monique—. Me decepcioné bastante, pero… ya estoy aquí. Y el contrato es sólo por dos semanas. Bueno…, era por dos semanas. Monsieur Troyat me ha ofrecido esta mañana mejor sueldo y condiciones si lo prorrogo por tiempo indefinido.

—¿Piensas aceptar?

—¿Cuánto tiempo estarás tú en Alejandría?

—No sé.

—¿Adónde irás, desde aquí?

—Quizás a Roma.

—Buscaré un contrato en Roma…, para las fechas que tú me digas, Elvis. ¿Sí?

—Hablaremos de eso cuando yo sepa el momento en que tengo que marcharme. Además, no es todavía seguro que vaya a Roma. Ya veremos… Ahí viene la persona que estoy esperando… ¿Hablas alemán, Monique?

—¡Claro que no! Es mucho más difícil que el inglés…

—Son puntos de vista. —Tompkins agitó una mano, en gesto de llamada—. ¿Te importa si hablo unos minutos con mi amigo?

—No, no…

El amigo de Tompkins llegó a la mesa, se sentó bruscamente, miró a Monique y luego a Tompkins, fruncido el ceño. Era un hombre alto, recio, de semblante hosco, cabellos muy rubios, casi albinos. Debía de tener unos cuarenta y cinco años. Sus modales no eran precisamente buenos, y resultaba sumamente desagradable debido a que su ojo derecho estaba cruzado, de ceja a pómulo, por una ancha cicatriz.

—Habla en alemán, Rudolf —sonrió Tompkins, empleando este idioma—. Y procura no mostrarte tan hostil. Ella es una pobre y tonta francesita que no importa nada.

—Entonces ¿por qué estás con ella? —Gruñó Rudolf, en alemán.

—Porque es muy hermosa. ¿No lo crees así?

—Lo creo. Pero ¿tiene eso importancia?

—Ninguna. Anoche estuve con ella, y eso es todo, de momento… Es la nueva bailarina del cabaret, me gustó mucho cuando debutó hace tres días, y la convidé a champán. Ella es muy

dulce y muy tonta, Rudolf. Pero muy hermosa, de modo que seguiré con ella unos días más, hasta que me canse. Luego, que se vaya al demonio. ¿Qué creías?

—Nada. Pero me gusta que pienses así. No están las cosas para complicarlas con mujeres.

—No seas estúpido. Siempre ando con una u otra chica, y nunca he complicado nada. Hace tiempo que vengo a L'Etoile, y si en este infecto lugar hay una chica bonita, pues para mí. Y dejemos ya de hablar de esta pobre y hermosa tonta. ¿Todo está en marcha?

—Sí. Llegará el barco dentro de dos horas.

—¿Estáis seguros de que nuestro hombre viene en él?

—Claro. Recibimos aviso por telégrafo.

—¿Quién firmaba el telegrama?

—Satok.

—Ajá… Bien; iremos a esperar a ese pobre diablo que se ha complicado la vida con su viaje y estancia en Roma… Supongo que llega por el Puerto del Oeste, frente a las Aduanas.

—Sí.

—Bueno, pues iremos a esperarlo. ¿Ha dicho Satok el nombre que ese pobre imbécil ha utilizado en Roma?

—Claro: Alí Yusef. Además, sabemos cómo es.

—Habrá que tener en cuenta que lo estarán esperando en el muelle, Rudolf. Mmmm… Mejor, porque conociendo a Alí Yusef, conoceremos también al hombre que lo vaya a esperar…, y mataremos dos pájaros de un tiro. Hay que hacerlo esta noche, y bien: nuestro mensaje a Roma debe llegar esta misma noche, avisando de que ya no hay peligro. ¿Has venido con el coche?

—Desde luego.

—Pues nos vamos enseguida. Deja que me despida de la hermosa y tontísima criatura que está bebiéndose mi champán. Todas son iguales, en definitiva: muy dulces, muy cariñosas, sonrientes… Parecen angelitos del cielo, pero en cuanto huelen un buen puñado de dólares, se ponen a lloriquear por tu amor, a decirte que no quieren separarse de ti… Todas son purria, Rudolf, por hermosas que sean.

—Ya lo sé. Despídete pronto. Te espero en el coche.

—De acuerdo.

Rudolf se puso en pie, miró con indiferencia a Monique y se dirigió a la salida, cruzando raudamente por entre las mesas, como si fuese cortando el humo y llevándose las airadas miradas de algunos árabes.

—Bien —sonrió Tompkins—, ya tengo que marcharme…

—Tu amigo es muy descortés.

—¿Qué…? Oh, sí… Bueno, tendrás que disculparlo. En realidad, es un empleado mío, y el pobre no da más de sí.

—¿Habéis estado hablando de negocios?

—Por supuesto. Si supieses alemán, te habrías enterado de todo.

—Lo aprenderé —musitó Monique—. Puesto que tú hablas alemán, yo lo aprenderé, Elvis. Y también aprenderé el inglés.

Tompkins le dio una palmadita en la mejilla.

—Eres una chica estupenda, Monique. Siento dejarte sola esta noche, pero los negocios no admiten espera…

—¿Y una mujer sí?

—Una hermosa mujer como tú, que además es inteligente y me ama de verdad, sí. ¿O me equivoco? Monique Lafrance inclinó la cabeza.

—No… —musitó—. No te equivocas, Elvis.

—Entonces, hasta mañana. Acaba el champán, si quieres, y ordena que lo pongan en mi cuenta. ¿Saldrás a pasear?

—Sí… Daré una vuelta…

—Está bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana, querido.

Elvis Tompkins salió de L'Etoile, vio el coche, y caminó hacia él; entró en la parte delantera, junto a Rudolf, que estaba al volante.

—Bueno, vámonos. Recogeremos a los demás… Y esperaremos convenientemente preparados a ese imprudente viajero que llega de Roma… Alí Yusef, has dicho, ¿no?

—Sí: Alí Yusef.

—Bien… Por el camino, habrá que ir rezando una oración por el alma de Alí Yusef… Alá lo perdone. Y se puso a reír alegremente.

Capítulo II

Alí Yusef desembarcó a la una de la madrugada, en el Muelle del Oeste, procedente de Roma. Llevaba solamente una maleta, de modo que el paso por la aduana le resultó rápido y sencillo.

Así pues, a los pocos minutos de haber arribado a Alejandría se le permitió la libre circulación por esta ciudad, y, consiguientemente, por todo Egipto.

Pero no parecía que fuese a ir solo por mucho rato, porque, apenas salió de la aduana, un hombre vestido a la europea, y cuyos rasgos eran tan semitas como los de Alí Yusef, apareció ante él.

—¿Todo ha ido bien? —musitó.

—Sí. ¿Y por aquí?

—Parece que todo está en calma. ¿Has tenido dificultades con tu documentación falsa?

—Ninguna, de momento. Pero me gustaría dejar pronto de ser Alí Yusef, y ser quien realmente soy. ¿Está bien nuestro querido Judeo?

—Está muy bien —sonrió el otro—. Vamos, tengo un coche cerca del muelle, en Sharia Karma. Iremos a ver enseguida a Judeo… ¿Sabes ya cuándo llega él a Alejandría?

—Mañana por la tarde, seguramente. Si no fuese entonces, sería pasado mañana, en el primer barco procedente de Roma. De un modo u otro, es seguro que va a venir, aunque se retrase algo más.

Los dos caminaban alejándose del muelle, por Bab El Kararsta. Podían haber seguido hasta El Bab El Akdat, para girar luego a la derecha y llegar muy pronto a Sharia Karam. Pero tenían mucha prisa, y, apenas rebasadas las instalaciones del ferrocarril de los muelles, giraron ya a la derecha, siguiendo las vías, paralelos a ellas a unas treinta yardas. De este modo acortaban un poco el camino.

—¿Qué sabemos de los que esperan en el desierto, Abdel? —preguntó de pronto Alí Yusef.

—Todo está bien. Están esperando… Pero Judeo opina que no será necesaria su intervención. ¿Te preocupa algo?

—Me preocupa todo. Él no se atreverá a venir si no está seguro completamente de que todo está bien. En Roma se considera a salvo… ¿Por qué tendría que venir a correr riesgos a Alejandría?

—También nosotros estamos arriesgándonos mucho durante esta estancia en Egipto. Y aquí estamos. Él vendrá: le interesa mucho.

—Supongamos que nuestro servicio de espionaje estuviese equivocado, Abdel.

—No lo creo. Sabemos muy bien que nuestros enemigos han establecido contacto con él, y no podemos esperar nada bueno. Por tanto, en cuanto llegue a Alejandría, lo mataremos. Hay que hacerlo, y no vamos a echarnos atrás.

—Claro que no. Además, teniendo con nosotros a Judeo, todo saldrá bien. A Judeo no es fácil engañarlo. ¿Dónde tienes el coche…?

—Llegaremos enseguida.

Había algunos vagones y traviesas sueltas cerca de ellos. Las vías se acercaban, muertas, hasta allí, y los dos hombres, rápido el paso, las cruzaban, fijos los ojos en el suelo, para no tropezar, aprovechando las lejanas e inciertas luces de las ya cercanas calles y de las instalaciones ferroviarias. Aquél era un lugar poco frecuentado, ya que su utilidad era escasísima, a no ser para llevar a las vías muertas algún vagón para reparar o traviesas podridas, remaches, trozos de vía…

Iban los dos tan atentos a sus pies, que cuando los cuatro hombres aparecieron, dos a cada lado, ni se dieron cuenta, de momento. Pero oyeron el rumor de pasos, se alertaron… Apenas tuvieron tiempo de ver a los cuatro hombres vestidos con chilabas oscuras. Fueron como sombras implacables. Hubo un instante en que los cuchillos brillaron mortecinamente, antes de empezar a clavarse en los cuerpos de Abdel y Alí Yusef, por los lados, por la espalda, de frente…

En el silencioso lugar se oyeron los gemidos de quienes recibían las feroces cuchilladas, los jadeos de quienes las asestaban, el deslizarse de pies, tropezones, un grito cortado salvajemente… Abdel y Alí Yusef fueron empujados, zarandeados, abatidos a cuchilladas por los cuatro árabes de veloces movimientos. Quedaron

los dos tendidos sobre las vías, ensangrentados, crispados sus rostros semitas por el espanto…

Dos de los asesinos se inclinaron sobre ellos, y les quitaron rápidamente cuanto llevaban encima, mientras otro recogía la maleta de Alí Yusef, y el cuarto miraba inquieto a todos lados, todavía el ensangrentado cuchillo en la mano. El último en incorporarse fue el que había desvalijado a Alí Yusef, mostrando las pertenencias de éste en sus manos manchadas de sangre.

—¡Vámonos!

Echaron a correr, saltando por encima de las vías ágilmente… Al llegar junto a un vagón alejado del lugar donde habían asesinado a los dos hombres, se detuvieron un instante. El tiempo justo de quitarse las chilabas y limpiarse con ellas la sangre de las manos. Un hombre apareció junto a aquel vagón, con un gran saco de lona, que abrió ante los cuatro asesinos, que fueron metiendo allí las chilabas. El hombre recién aparecido se alejó con el saco, y los cuatro asesinos continuaron corriendo, aún más velozmente ahora, más libres de movimientos. Normalizaron el paso al llegar a Bab El Kararsta. Uno de ellos recogió todo lo que llevaban encima los acuchillados Alí Yusef y Abdel, y la maleta. Los otros tres lo dejaron solo, y él caminó hasta el cruce de Bab El Akdat con Sharia Cadi Sanat.

Se acercó a un automóvil, cuya portezuela de atrás se abrió, y el asesino entró. Se encontró sentado junto a Elvis Tompkins, que preguntó:

—¿Hecho?

—Hecho. Aquí están las cosas de los dos, y la maleta de Alí Yusef… Creerán que fueron asaltados para robarles. Todo se ha hecho perfectamente.

—Magnífico. ¿Algún contratiempo?

—Ninguno.

—Está bien, márchate. Ya os avisaré.

El hombre salió del coche y se alejó, tranquilamente. Rudolf, sentado al volante, volvió la cabeza, sonriendo secamente.

—¿Te llevo al hotel?

—Claro… No vamos a ir a ver un par de cadáveres… Por cierto, ¿rezaste la oración?

—Me olvidé.

—Vaya… Yo también. En fin: esperemos que algún alma caritativa los encuentre pronto y se encargue de ellos…

* * *

La hermosa bailarina se inclinó sobre uno de los dos acuchillados hombres. Estaba muerto. Pero antes de comenzar a moverse para examinar al otro oyó el gemido, de modo que se apresuró a llegar a su lado.

Se mordió los labios al ver cómo había quedado Alí Yusef, igual que Abdel: una visión estremecedora, brutal, todo salpicado de sangre…

El agonizante Alí Yusef estaba diciendo algo, pero en un idioma que la bellísima Monique Lafrance no entendía, de modo que musitó:

—Hable en inglés, francés, alemán, español, ruso o italiano… Lo que prefiera. Pero no en judío.

—Judeo… Hay que… que avisar a Judeo… —gimió Alí, en inglés.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Café… Anfuchi… Sharia Sidi El… El Haggart… Judeo… Judeo Cohen, avíse… lo…

—¿Es usted Alí Yusef?

—Sí… Avise a Judeo… que él vendrá… mañana… o pasado…

—Sé que algo está pasando, y que esperan a alguien para intentar no sé qué cosa… Se están moviendo ustedes demasiado, Alí Yusef… ¿Quién vendrá mañana o pasado?

—Él… Él llegará a… a Ale… Ale… jandría…

—¿Quién es él?

—Popitek… Tok Popitek… El coronel Popitek… Dígale a Judeo que hemos…

Se calló de pronto. Quedó con los ojos abiertos, fijos en las estrellas. Monique se los cerró, lentamente, pensativa. Luego se puso en pie y se alejó de allí, cruzando rápidamente por encima de las vías, silenciosa, casi invisible en la oscuridad. Llegó a Sharia El Bab El Akdat y la cruzó hacia Sahet Bakir, donde entró en un pequeño coche Balilla, negro.

Alzó el asiento de atrás, metió la mano, estuvo buscando unos

segundos y la sacó por fin, sosteniendo una pequeña radio de bolsillo… La accionó.

—¿Cassim?

—Diga.

—Necesito verlo.

—¿Cuándo?

—Ahora. Estoy en Sharia Sahet Bakir, cerca de L’Etoile y cerca del puerto del Oeste. Iré a dar una vuelta hacia el centro y regresaré a mis habitaciones en L’Etoile… ¿Está bien así?

—Muy bien.

—Hasta luego, entonces.

Apagó la radio, la escondió en el mismo sitio y puso el coche en marcha.

* * *

Veinte minutos más tarde entraba en las habitaciones que habían sido puestas a su disposición en L’Etoile. Eran dos piezas: una especie de recibidor-salita y el dormitorio. Éste tenía un par de estrechas ventanas por las cuales se veían algunos tejados y las copas de una docena de palmeras. Una enredadera trepaba hasta las ventanas, abiertas, dejando entrar olor a jazmines y granados, del patio inferior.

La bailarina cruzó la salita a toda prisa, entró en el dormitorio, encendió la luz y se volvió hacia el silloncito que había junto a la cama y en el cual estaba sentado un árabe de tez muy oscura.

—¿Qué tal, Cassim? —sonrió la bailarina.

—Bien. ¿Ha ocurrido algo?

—Y muy importante. Tompkins y unos cuantos asesinos han matado a dos hombres, en la estación del puerto del Oeste. Iban vestidos como europeos, pero ninguno lo era.

—¿Qué nacionalidad les supone?

—Israelitas.

—En Egipto no queremos mucho a los israelitas.

—Pero Tompkins no es egipcio… Desde luego, tampoco es americano, el pobre estúpido.

—¿Por qué lo llama «pobre estúpido»?

—Porque lo es. Se puso a hablar delante de mí con un tal Rudolf, que es casi albino y tiene una cicatriz encima del ojo, de aquí hasta aquí —la marcó con un dedito sobre su propio ojo derecho—. Me preguntó si yo hablaba alemán, le dije que no, y él se lo creyó, así, por las buenas. No me parece muy inteligente.

—Tenga cuidado con las personas que no parecen muy inteligentes. Resultan peligrosas, casi siempre, porque saben engañar muy bien.

—Es posible. Lo cierto es que en esta ocasión no me han engañado. Hablaron de ir a recibir al tal Alí Yusef, y lo hicieron. Su tono no presagiaba nada bueno para Alí Yusef, y así ha sido, en efecto. Cuatro hombres vestidos con chilabas que luego se quitaron los acuchillaron de un modo salvaje.

—¿Usted lo vio?

—Sí. Pero no pude impedirlo, porque no llevaba pistola, y las cosas sucedieron demasiado deprisa. Luego, creí que sería más conveniente esperar a que se marchasen, por si uno de los dos quedaba con vida… Les quitaron todo lo que llevaban.

—Es fácil suponer que pretenden que las autoridades crean que fueron atacados para robarles.

—Claro.

—¿Hizo usted algo al respecto?

—No. ¿Por qué había de hacerlo? Lo que las autoridades o la Policía egipcia piense me tiene sin cuidado. ¿Por qué molestarme por dos hombres que ya están muertos? Los enterrarán, que eso es lo único que necesitan, y eso será todo.

—Admirable frialdad la suya. Bien… Hasta ahora, parece que lo que ha sucedido no nos ayuda en gran cosa para seguir descubriendo cuál es el fondo de la cuestión.

—Han sucedido otras cosas. Alí Yusef, antes de morir, todavía pudo decirme unas pocas palabras.

—Magnífico. ¿Y…?

—¿Le suena el nombre de Popitek?

—¿Popitek? No…

—Tok Popitek… Coronel Tok Popitek.

—No… ¿Es griego?

—No, no… Ni es griego, ni es nada. El apellido sugiere una mezcla de apellidos de varios países. En cuanto al nombre, Tok, nunca lo había oído antes de esta noche. Desde luego, no será con estos datos con lo que podamos clasificarlo en determinada nacionalidad. Parece como si se tratase de un sobrenombre, de un… seudónimo.

—Tok Popitek —musitó lentamente Cassim Ben Jaifa—. No, desde luego no me suena el nombre. Pero sabemos algo: es coronel. Lo cual puede sugerirnos que estamos oliendo algo que está relacionado con la guerra. Con la guerra en general… ¿No?

—Posiblemente. De un modo u otro, ese coronel Popitek llegará a Alejandría mañana o pasado. No sé si por barco o por avión, o si lo hará clandestinamente. Pero llegará. Posiblemente, desde Roma, ya que de allí venía Alí Yusef. No veo claro esto, Cassim: dos israelitas, uno de los cuales venía de Roma, son acuchillados; se menciona a ese coronel Popitek; tenemos a Elvis Tompkins, que circula con pasaporte norteamericano, pero que, estoy segura, no es norteamericano… No sé cuál es su nacionalidad, no puedo clasificarlo, porque domina muy bien mi idioma, y, realmente, podría engañar a muchísimas personas diciendo que es norteamericano… Pero no, no, no. No lo es. Y está Rudolf, que es alemán, desde luego. Y Judeo Cohen, Israelita también…

—¿Judeo Cohen? ¿Quién es?

—No sé… Alí Yusef lo mencionó, dijo que había que avisarlo de lo sucedido, y de que el coronel Popitek iba a llegar a Alejandría. Según parece, ese Judeo Cohen está en un lugar llamado Café Anfuchi… ¿Lo conoce?

Cassim Ben Jaifa asintió con la cabeza.

—Está en el Barrio de Mohammed, creo que en Sharia Sidi El Haggart… Muy cerca del Paseo del Sultán Shelim. Es decir, cerca de la playa, en la bahía de Anfuchi.

—Sidi El Haggart… Exactamente, ésa es la dirección que mencionó Alí Yusef. Habrá que estudiar el modo de acercarnos a Judeo Cohen de un modo… inteligente, sin sobresalto. Quizás él sepa mucho más que nosotros. En verdad, Cassim, que no fue usted muy explícito al efectuar su llamada.

El árabe encogió los hombros.

—Expliqué todo lo que podía explicar. Que había movimiento del MI5 británico, que circulaban por aquí algunos israelitas, y que el hombre llamado Elvis Tompkins, norteamericano, tras una pacífica estancia de dos meses en Alejandría, de lo cual me enteré más tarde, o sea, cuando me interesé por él, había empezado a ponerse en movimiento, y a entrevistarse con otros hombres que llegaban procedentes de Roma… Un americano no llama demasiado la atención en ningún sitio, porque hay muchos esparcidos por todo el mundo… Pero resulta que Tompkins, además de no dedicarse a nada y disponer de dinero abundante, alquila un hotelito en Komed Dik, exactamente en Sharia Abasside. Un hotelito más bien pequeño, con bonitas palmeras en el patio, de clásico estilo árabe… Muy bonito y aparentemente confortable. Sin embargo, él continúa alojado en el hotel El Karba, Sharia Cherif Pasoha, en el barrio que se llamaba de los Francos. Y ahora sabemos ya que está esperando algo… O a alguien. Casi seguro, a ese coronel Popitek. ¿Qué más podía explicar?

—Poco más, realmente —sonrió la bailarina—. Ha demostrado ser usted muy activo y estar muy alerta, Cassim.

—La CIA me paga un buen sueldo por eso, precisamente. Yo soy de los que cumplen con su trabajo. Detesto a los ineptos y a los gandules.

—Soy de la misma opinión.

—Magnífico, entonces. ¿Qué hacemos? Tengo instrucciones de obedecer todas sus órdenes, a ciegas, sean cuales sean.

—No me gusta hacer las cosas a ciegas —rió la bailarina—. Por tanto, cuando le dé una orden, cúmplala con los ojos bien abiertos.

—Era un decir —sonrió también el barbudo Cassim—. Usted entiende.

—Sí, entiendo…

—Bien, ¿qué hacemos?

—Son más de las dos de la mañana… Supongo que lo más… normal será que nos acostemos.

—Bien…

—Tendremos que hacer algo más. Respecto a ese Judeo Cohen, desde luego. ¿Es usted un hombre dormilón, Cassim?

—No.

—Entonces, quizá no le importe perder unas horas de sueño. Ya

sé que he dicho que deberíamos dormir, pero… Bueno, arrégleselas como quiera y pueda. Lo mismo me da que me pase el informe habiéndolo obtenido esta misma noche que obteniéndolo por la mañana. Pero preciso lo siguiente: alojamiento exacto de Judeo Cohen, nombres de las personas con las que se relaciona de un modo más… asiduo, el sistema de vida que lleva en Alejandría, estudio de su carácter e inclinaciones personales… ¿Puede conseguirlo?

—¿Para cuándo?

—Para dentro de diez horas.

Cassim Ben Jaifa se dio unos tironcitos a la barba, mirando a la bailarina fijamente, brillantes sus oscuros ojos árabes.

—Diez horas… Bueno, la CIA es muy exigente a veces.

—Pero paga bien.

—Paga bien, es cierto. Tendrá lo que pide dentro de diez horas. ¿Dónde nos vemos?

—Bar La Concorde, en Sharia El Amir, a las doce del mediodía. Posiblemente acepte tomar un aperitivo conmigo. Mmm… Jugo de dátiles, por ejemplo.

—Usted piensa en todo. A las doce en punto, en el bar La Concorde. Ah, una cosa: usted no está obligada a tomar jugo de dátiles.

—Estupendo… Entonces, no le importará que tome un combinado de champán.

—¿Champán a las doce del día?

—Champán con guindas… ¿Nunca lo ha probado?

—Nunca. Alá me guarde.

—Usted se lo pierde —rió la bailarina—. ¿Hasta las doce del mediodía, Cassim?

—Hasta las doce del mediodía, agente Baby.

Capítulo III

A las doce en punto del mediodía, la bailarina que se hacía llamar Monique Lafrance estaba en la terraza del bar La Concorde, sito en Sharia Amir Abd El Moneim, frente a los espaciosos jardines llenos de palmeras. Parecía absorta en la degustación de su combinado de champán, en la delicia de tomar el sol del magnífico invierno egipcio… Pero sus grandes ojos azules lo abarcaban todo, mirando con una ingenuidad que no correspondía a la ficha que de tan espléndida mujer constaba en la CIA norteamericana. Una ficha que habría asombrado a muchos:

> «Brigitte Montfort, veintisiete años, naturalizada estadounidense, estudios superiores en la Universidad de Columbia, con profesión visible de periodista en plantilla fija en el diario matutino de New York, Morning News. Domicilio, Quinta Avenida de Nueva York. Estado: soltera. A las órdenes directas de Charles Pitzer; a las subdirectas de míster Cavanagh, Jefe de Destinos Especiales en el Cuartel General de la CIA.
>
> »*Datos*: Baby es agente capaz de atender con éxito cualquier misión en cualquier parte del mundo. Recursos personales ilimitados. Entrena semestralmente en los campos de la CIA, en los llamados «cursillos de actualización». Conocimientos de judo, karate, jiujitsu; emplea cualquier arma; tripula cualquier clase de vehículo, ya sea terrestre, marítimo o aéreo; domina a la perfección los siguientes idiomas: inglés, alemán, español, francés, ruso,

italiano. En la actualidad, y por su propia cuenta, está aprendiendo el brasileño, y tiene en proyecto estudiar el holandés y el chino. Méritos: todos.

Capacidad para el espionaje según las computadoras: la máxima.

Carácter personal: excesivamente voluntarioso. Juzgada en rebeldía por un tribunal especial de la CIA en XI-66[1]. Sin embargo, en tanto no se atente contra su sistema de entender la vida y las relaciones humanas, Baby es de carácter dulce y sensible.

Definición final: apta absolutamente para todos los servicios, con la categoría de número uno en agentes femeninos de esta CIA.

En realidad, esto era solamente el extracto de la abultadísima carpeta de expedientes que la espía y contraespía Brigitte Baby Montfort había ocasionado en la CIA. El detalle de todas y cada una de sus cualidades y servicios cumplidos llenaba más de dos mil folios en los ficheros del espionaje norteamericano…

Y los azules ojos ingenuos vieron inmediatamente al hombre alto, de simpática y varonil barba, que se apeaba de un taxi delante del bar La Concorde. Un hombre vestido de blanco, a la europea; alto, ancho de hombros, tez oscura, ojos negros y brillantes…

Un hombre que se acercó pausadamente a ella y sonrió:

—Buenos días, agente Baby.

—Buenos días, Cassim. ¿Le apetece un jugo de dátiles?

—¿Todavía sigue esa broma?

—¿Broma? ¿No le gusta el jugo de dátiles?

—Tomaré café. ¿Puedo sentarme?

—Naturalmente. La conversación será así más cómoda para los dos. ¿Ha conseguido enterarse de todo?

Cassim Ben Jaifa se sentó, elegante, ligero de ademanes, seguro de sí mismo. Alzó una mano hacia un camarero que se acercaba y movió los labios marcando claramente, en árabe, la palabra «café». Vio el paquete de cigarrillos encima de la redonda mesita y encendió uno.

—Un día magnífico —comentó, echando humo por boca y nariz —. ¿No le parece?

—Un fantástico día del fantástico Egipto y la no menos fantástica Alejandría —rió quedamente la divina espía—. ¿Lo han seguido, quizá?

—Por supuesto que no. ¿Empezamos?

—Le escucho atentamente.

—Bien: Judeo Cohen está alojado en el hotel Anfuchi, junto al café Anfuchi. Utiliza nada menos que pasaporte sirio, y es de temer que eso, no tardando mucho, le ocasione problemas… ¿Qué sabe del servicio de inteligencia israelí, agente Baby?

—No demasiado. Imagino que usted está dándome a entender que no son muy… hábiles.

—Exactamente. Pero, en fin, eso es cuenta de Judeo Cohen. Mmm… Ocupa la cámara siete del hotel Anfuchi. Es un buen hotel, sin duda. Algo caro. Un par de hombres se han… relacionado con él esta madrugada… Lo visitaron en su cámara. Estaban muy excitados cuando llamaron a la puerta de la cámara siete. Y pálidos.

—¿Le llevaron a Cohen la noticia de la muerte de Alí Yusef y del otro?

—Evidentemente. Cohen salió a la puerta a despedirlos… Lamento no haber conseguido los nombres de esas dos personas. Pero sí puedo asegurarle que la expresión de Judeo Cohen mostraba una resolución, una determinación, digna de una buena causa…

—¿Cómo es él?

—Casi tan alto como yo. La nariz un poco grande… Es judío, de eso no cabe duda. La nariz un poco grande, digo…, los ojos oscuros y muy pequeños, labios delgados, cabellos muy rizados… Atlético. Tiene un… cierto aire simpático. No sabría decirle a qué es debido, pero resulta simpático. Joven: treinta años, como máximo. Respecto a su carácter, yo diría que es… voluntarioso, firme, tenaz.

—Me gusta —sonrió Brigitte—. ¿Qué más?

—De su carácter, nada más, porque no he tenido tiempo de vigilarlo a fondo. Lo vi sólo unos segundos, y comprenda que…

—Lo entiendo, Cassim. ¿Puede decirme algo de sus inclinaciones personales y sistema de vida en Alejandría?

—He sabido muy pocas cosas. Gusta a las mujeres, pero de un modo… distante. Digamos que no parece el hombre al que le guste

perder el tiempo, y que no es probable que ninguna mujer crea lo contrario. Su sistema de vida es simple y metódico: duerme, pasea y come. No bebe, no fuma, no suele salir de noche, es serio como una palmera, come poquísimo. Eso es todo. Lo siento, Baby.

—Es mucho, teniendo en cuenta que ha tenido que investigarlo durante la noche.

—Puedo ocuparme de él durante todo el día de hoy, si quiere. Es probable que me entere de alguna cosa más… Cuidado: mi café.

El camarero dejó el café y se alejó. Brigitte estaba encendiendo su segundo cigarrillo, pensativa. De pronto, preguntó:

—¿Diría usted que Judeo Cohen es capaz de sonreír, Cassim?

—Tiene aspecto simpático, ya se lo he dicho.

—He conocido hombres con un tremendo aspecto simpático y muy varoniles, que no sonreían jamás. ¿Cree que Cohen es capaz de sonreír?

—No sé qué importancia pueda tener esto, agente Baby. Pero yo diría que sí… Sí, creo que Judeo Cohen es capaz de sonreír… ¿Quiere que lo averigüe con exactitud?

—No, no… Si es capaz de sonreír, yo me ocuparé de él.

—¿Usted? —se alarmó Cassim—. Pero su personalidad de Monique Lafrance, bailarina de París en el café
L'EtoiIe,
no le dejará tiempo para…

—Arreglaremos eso. En realidad, necesito muy poco tiempo… Un par de horas, como máximo. A menos que usted fuese capaz de hacer lo que yo pretendo.

—¿Qué es ello?

—Sencillo: colocar un micrófono en la cámara de Judeo Cohen.

Cassim Ben Jaifa vaciló visiblemente.

—Bueno… Podría hacerlo, desde luego, pero…

—Yo lo haré. No quiero riesgos. Es fácil comprender que Cohen está en Alejandría en busca o en espera de algo. Puede que esté esperando a ese coronel Popitek. Entonces, tiene que estar esperando noticias de su llegada. Esas noticias las traía Alí Yusef, pero, como lo mataron, es lógico que Judeo Cohen desconozca los hechos. Sin embargo, su reacción no puede ser más que ésta: apostar uno o dos hombres, o los que pueda, en el puerto… Quizá también en el aeropuerto. Forzosamente, él tiene que intentarlo

todo para enterarse de la llegada de Popitek. Y como tengo la impresión de que Judeo Cohen es un hombre más bien inteligente, no será él quien esté vigilando el puerto y el aeropuerto. Como consecuencia, no le queda otro remedio que esperar en su hotel las noticias respecto a la llegada de Popitek… ¿Está de acuerdo, Cassim?

—Parece un buen razonamiento.

—Debemos aferrarnos a él. Por mi parte, no tengo la menor intención de decirle a Cohen lo que sé. Al menos, de momento. Pero sí me interesa estar al corriente de lo que él sepa. Sistema único: colocar un micrófono en su cámara y esperar que él hable con alguien por teléfono o personalmente, en su cámara del hotel Anfuchi.

—Alguien tendrá que estar al cuidado de ese micrófono, Baby.

—¿Quién me sugiere? —sonrió Brigitte.

—Cassim Ben Jaifa —sonrió Cassim—. ¿No?

—Exacto. Yo ocuparé una cámara en el hotel Anfuchi, instalaré el micrófono y el receptor, y usted se pasará las horas allí a la escucha. Cuando sepa algo que considere importante, llámeme. Por teléfono, no, desde luego. Utilice la radio de bolsillo, pero no con llamada de sonido, sino de luz roja. Hay que prevenir la posibilidad de que cuando usted me llame esté con alguien, y podría oír la señal.

—Si utilizamos la luz roja, usted tendrá que estar pendiente de la radio…

—Eso es parte de mi trabajo. No se preocupe.

—De acuerdo. Ahora, hay que tener en cuenta ciertos detalles: si usted se instala en el hotel Anfuchi…

—¿Yo? ¿Se refiere a la bailarina Monique Lafrance?

—Claro…

—Supongo que tiene en su casa la bolsa de lona que le entregué a mi llegada a Alejandría.

—Sí.

—Iremos a su casa, Cassim. ¿En qué taxi ha venido usted hasta este lugar?

—En uno cualquiera.

—¿Conoce algún taxista de confianza absoluta?

—Desde luego.

—Llámelo. Dígale que dentro de una hora tiene que recoger una pasajera en su casa, de un modo discreto, y darle una vuelta por Alejandría antes de dejarla con una maleta, o dos, delante del hotel Anfuchi. ¿Tiene usted maletas?

—Puedo conseguir dos —musitó Cassim—. Pero lo que usted está pensando es muy arriesgado, Baby.

—Pero divertido —sonrió la espía—. Muy divertido, Cassim.

* * *

Ben Jaita encogió los hombros, rindiéndose a la evidencia. La imagen que se reflejaba en un espejo se diferenciaba notablemente de la habitual en la agente Baby. De ser una morena de ojos azules, había pasado a ser una rubia de ojos verdosos, algo más llena, desgarbada con sus zapatos de tacón bajo, menos atractiva con los gruesos lentes de cristales ligeramente oscuros. Junto a ella, la bolsa de lona de la cual había salido la peluca, los lentes, las lentillas de contacto de tono verdoso, los rellenos que deformaban discretamente su figura, el maquillaje de poco precio, los gruesos zapatos sin tacón… Y allí estaba el pasaporte, a nombre de la ciudadana británica Marilyn Dexter, provisto de la fotografía que correspondía al actual aspecto de Brigitte Baby Montfort.

—¿Se nota que llevo peluca postiza, Cassim?

—No.

—¿Ve algo que no le convenza? El maquillaje, los ojos, los zapatos, el vestido…

—Nada. Está usted perfecta. Pero le será muy fatigoso mantener la doble personalidad de Marilyn Dexter y Monique Lafrance en un lugar como Alejandría.

—Tengo una gran resistencia a la fatiga. Además, no olvide que esta personalidad sólo pienso utilizarla para ocupar una cámara en el hotel Anfuchi. Quince minutos después de entrar yo en el hotel, llámeme por la radio. Le diré la cámara que ocupo y le daré las instrucciones que me parezcan oportunas. ¿Está esperando el taxi?

—Sí.

—Pues eso es todo. ¿Las maletas…? —Miró su relojito—. Vaya a ver si su amigo ha comprado algo de ropa de manufactura inglesa. No puedo arriesgarme a que vean vacías las maletas. Mientras

tanto, daré un repaso a mi nuevo aspecto.

Cassim Ben Jaifa salió del dormitorio. Regresó cinco minutos más tarde, con dos grandes bolsas de grueso papel, que vació sobre la cama.

—Es todo lo que hemos podido conseguir.

—Bastará. Métalo en las maletas. No… Yo lo haré. Tiene que notarse la mano femenina en la disposición de las prendas.

Se dedicó a ello rápidamente. Por fin, cerró las maletas y las señaló. Cassim cogió una con cada mano y se la quedó mirando con expresión preocupada.

—¿Lleva la pistola? —musitó.

—No.

—Pero convendría que…

—Sé defenderme sin armas, si es necesario, Cassim —señaló la serie de aparatos que había sobre la cama—. ¿Ha entendido bien el funcionamiento de todo esto?

—Desde luego.

—Bien. —Brigitte metió en un bolsito de mano algunas cosas pequeñas, tales como un encendedor-cámara con película apta para ser impresionada por infrarrojos, un estuche de carmín que contenía dos cápsulas de gas, una boquilla especial que disparaba dardos de narcótico o venenosos absolutamente mortales—. Podemos ponernos en marcha, Cassim.

El egipcio se mostraba reacio al plan.

—Quizá sería mejor que yo me ocupase personalmente de todo esto. Usted tiene bastante con soportar a Elvis Tompkins y estar pendiente de él. Ese hombre es peligroso, como lo prueban las muertes de los dos…

—Si es peligroso —sonrió Brigitte—, más motivos tengo para permanecer alejada de él mientras me sea posible. Sería muy desagradable que por un descuido mío él comprendiese que hablo inglés, alemán… y otros idiomas. No vacilaría ni un segundo en cortarme el cuello.

—Estamos dedicándonos a demasiadas cosas a la vez… Esto no puede nunca salir bien.

—Le apuesto a que sí —sonrió la divina espía—. Sería la primera vez en mi ya larga vida de espía que intento algo y no me sale bien… Tengo una suerte inmensa, Cassim.

—La suerte falla a veces.

—Es cierto… —Parpadeó la rubia británica—. Es cierto, Cassim. Pero, para esas ocasiones, el espía puede recurrir a sus recursos personales.

—Esperemos que los suyos no fallen.

—Es usted un pesimista total. ¿Qué tal si sonríe un poco y se pone a pensar que la agente Baby jamás ha fallado?

Cassim Ben Jaifa acabó sonriendo.

—Bueno… —aceptó—. Si tengo que enviar a Washington la noticia de su muerte, al menos podré añadir que murió sonriendo.

—Lo cual —rió Brigitte—, no extrañará a los misteriosos personajes del Cuartel General. En marcha. Quiero llegar al hotel Anfuchi antes de las dos. Esperemos que tengan libre alguna cámara…

* * *

Había libres algunas cámaras, en efecto. La rubia y desgarbada británica eligió la número 22 de entre las disponibles, porque era la más cercana a la 7, ocupada ésta por Judeo Cohen. Asombroso: con semejante nombre, Judeo Cohen se presentaba en Alejandría con pasaporte sirio. Asombroso de veras. Y una instalación de espionaje muy deficiente en verdad.

A las dos y diez minutos, la flamante Marylin Dexter cerraba la puerta de su cámara y se dirigía al dormitorio. Abrió las maletas, empezó a colocar sus prendas en el armario, y cuando acabó se dio una vuelta de inspección por la cámara. Dos ventanas, en el tercer piso; otra, mucho más pequeña, en el cuarto de baño; un balcón en la salita; otra ventana al patio interior. La puerta era de cerradura simple. Una cerradura tan simple que hizo sonreír a la espía. Cogió su bolsito, lo abrió y sacó de él una polvera, cuyo fondo desenroscó, dejando al descubierto media docena de ganzúas planas. Probó cuatro de ellas en la cerradura de su propia cámara hasta llegar a la que iba a utilizar para abrir la puerta de Judeo Cohen.

La dejó suelta en el bolsito, miró su reloj y sonrió, pulsando el llamador de la radio.

—¿Cassim?

—¿Está instalada?

—Cámara veintidós. Suba. Voy a dejarle la puerta abierta… ¿Hay peligro?

—Por el momento, Judeo Cohen sigue tomando café y leyendo el periódico… O simulando leerlo. No parece tener prisa.

—Entonces, suba. Y espéreme en mi cámara. Le dejo sobre la cama los aparatos. Póngalos en funcionamiento enseguida. Cuando tenga instalado el micrófono, chascaré los dedos tres veces. Si recibe la audición, avíseme por la radio de bolsillo, con la luz roja. Eso será todo.

—De acuerdo. Subo.

Brigitte cerró la radio, la guardó en el bolsito y salió de la cámara. No había nadie en el pasillo. Tampoco encontró a nadie en el segundo piso. Entre el segundo y el primero se cruzó con el ascensor que subía, sin duda ocupado por Cassim Ben Jaifa, pero no quiso arriesgarse a mirar.

En menos de medio minuto estuvo ante la puerta número siete del hotel. Y necesitó menos de medio minuto para abrirla con la ganzúa que había elegido. Entró, cerró la puerta y se quedó inmóvil en la oscuridad. Todas las persianas estaban cerradas, y sólo una muy tenue luz, producto del gran resplandor solar del exterior, reinaba en la cámara. Necesitó casi un minuto para poder bastarse con ella. Empezó a ver los muebles, las paredes, las rayas amarillentas en las junturas de las persianas…

El teléfono.

Se acercó a él, sin hacer el menor ruido Estaba en una repisa, cerca de la puerta del dormitorio. Y también había en la repisa, entre otras cosas, un busto de una princesa egipcia, dorado brillante. Brigitte sacó del bolsito un pequeño micrófono adhesivo y lo colocó en la nuca de la princesa egipcia. No le gustó. Encima, había un espejo redondo, pequeño, orlado de metálicos rayos de sol, que lo agrandaban y pretendían simular la figura del astro rey. Colocó el micrófono bajo uno de los dorados rayos y le gustó más. No se veía, y era poco probable que alguien tocase o moviese el espejo. En cambio, cualquiera podía sentir tentaciones de examinar a la princesa egipcia Entró en el dormitorio, abrió un poco las persianas y miró a su alrededor. Todo normal, al parecer. Abrió el armario, vio un par de trajes, camisas… Cosas corrientes en un hombre que viaja.

Sacó la maleta, la abrió y se quedó mirándola. Estaba vacía. Frunció el ceño y golpeó el fondo suavemente, con los nudillos. Luego, calculó su profundidad por fuera y por dentro. La conclusión no podía ser más sencilla para un espía profesional: la maleta tenía un doble fondo. La cerró, la sopesó y se dijo que tenía que haberse dado cuenta antes de que pesaba más de lo normal. Fue golpeando con un dedito todo el fondo, por el borde, hasta encontrar el sonido diferente… Pero todavía necesitó no menos de tres minutos para encontrar el punto donde la piel se hundía, de modo que permitía la introducción de un dedo para tirar hacia arriba y alzar el doble fondo.

Allí solamente había una serie de piezas, que parecían de aluminio. Y también con varilla de aluminio, una culata de rifle, que apenas debía de pesar media libra. Visto esto, Brigitte Baby Montfort no tuvo ninguna dificultad en componer mentalmente, con las demás piezas, un sorprendente fusil, cuyo cañón medía unas veinte pulgadas y era de un calibre escalofriante, casi de una pulgada. También la cámara donde debía ser depositado el proyectil era enorme. Forzosamente, aquel extraño fusil debía de disparar proyectiles cuya longitud era de unas cinco pulgadas, con un diámetro de una. Es decir, del tamaño de unas treinta balas del calibre nueve largo. Pero no había allí ninguna de aquellas terribles balas.

Todavía asombrada, Brigitte lo dejó todo tal como lo había encontrado, guardó la maleta en el armario, lo cerró y salió del dormitorio. Quizá las balas de aquel fusil de tubo de aluminio… ¡Tubo de aluminio! ¿Podría aquel material, simple, sin aleaciones de ninguna clase, resistir el peso de una bala de semejante calibre?

Se quedó en el centro de la salita, perpleja…, y casi dio un salto cuando el teléfono sonó, de pronto. Una vez… Dos… Y entre el segundo y el tercer timbrazo, el ruido de una llave en la cerradura de la puerta de la cámara…

Brigitte se encogió detrás del sillón junto al cual se había detenido, justo en el momento en que se abría la puerta y sonaba el tercer timbrazo del teléfono. Un hombre alto entró, cerró la puerta y fue hacia el teléfono, que descolgó inmediatamente después del cuarto timbrazo de llamada, Encogida detrás del sillón, Brigitte Montfort permaneció inmóvil mientras el hombre hablaba con

alguien, en árabe, según le pareció. No entendía nada. Y se dijo que debía de haberse puesto en contacto con Cassim apenas instalado el micrófono, para asegurarse de que el agente secreto egipcio pagado por la CIA estaba captando la conversación El micrófono era tan sensible que, en un lugar como aquél, podía incluso captar lo que dijese el comunicante del recién llegado… Brigitte se arriesgó a echar un rápido vistazo aprovechando la oscuridad de la salita El hombre estaba de espaldas a ella y seguía hablando… Debía de ser Judeo Cohen, naturalmente, ya que era poco probable que cualquier otra persona que la ocupante de la cámara recibiese llamadas telefónicas allí. Tenía los hombros muy anchos y parecía fuerte. Muy rizados los cabellos, ciertamente.

Conteniendo la respiración, la espía de la CIA permaneció inmóvil durante la conversación. El silencio allí era tal que oía la vibración de la voz del comunicante de Judeo Cohen. Era de esperar que el sensible micrófono, mucho más cerca de Cohen que ella, captase algunas palabras…

De pronto, Judeo Cohen colgó. Y durante unos segundos estuvo inmóvil delante del teléfono, obligando a Brigitte a acurrucarse aún más detrás del sillón. Si aquel hombre decidía abrir las persianas, la vería, inevitablemente.

Pero no fue así.

De pronto, Judeo Cohen suspiró y se dirigió al dormitorio. Brigitte oyó el sonido de la persiana al ser cerrada completamente. Luego, el suave crujido de los muelles de la cama. Nada más. Permaneció todavía inmóvil cinco minutos, hasta que fue captando la respiración acompasada y profunda del ocupante de aquella cámara. No cabía duda de que Judeo Cohen tenía una gran facilidad para el sueño…, a menos que estuviese fingiendo que dormía. De modo que esperó diez minutos más, inmóvil como la princesa egipcia que adornaba la repisa junto al teléfono. Transcurrido en total un cuarto de hora desde que Cohen se echara en la cama, la espía empezó a incorporarse, lentamente.

Luego, se desplazó de modo que fue viendo el interior del dormitorio. La penumbra era tan densa que si no hubiese permanecido tanto tiempo en la oscuridad, no habría podido ver absolutamente nada. Pero así, pudo ver los pies del hombre, que estaba tendido en la cama. Las piernas… El torso… La cabeza. Todo

como una silueta oscura.

Alzó la mano derecha, en la cual tenía la pequeña cámara de luz infrarroja, y apretó el disparador por dos veces, apuntando el pequeñísimo objetivo hacia el durmiente.

Luego volvió a encogerse, deslizándose hasta el suelo, para dirigirse a gatas hacia la puerta. Llegó junto a ésta, alzó la mano, y un escalofrío recorrió su espalda al comprobar que Cohen había cerrado y se había quedado con la llave, de modo que tendría que utilizar de nuevo la ganzúa para poder abrir. No tenía el menor miedo a Cohen, pero prefería que éste, por el momento, ignorase su existencia… Empezó a hurgar en la cerradura con su ganzúa plana, muy lentamente, ya que debía evitar el menor ruido. Posiblemente, Judeo Cohen, precisamente por tener el sueño tan fácil, igual que ella, era de esas personas que las despierta el sonido de un alfiler al caer al suelo…

Un minuto y medio más tarde, perlado el rostro de sudor por la tensión, Brigitte Montfort hacía girar el pestillo, muy despacio, hasta abrirlo del todo. Guardó la ganzúa, se colgó el bolsito de un brazo y volvió la cabeza hacia el dormitorio. Todo seguía en calma allí. Ahora, tenía que abrir velozmente la puerta, salir y cerrar, de tal modo que la luz del sol que había en todo el pasillo fuese brevísima y no despertase a Judeo Cohen. Y tendría que marcharse poco menos que corriendo, de todos modos, ya que la puerta quedaría abierta, y si Cohen acudía hacia allí quizá llegase a tiempo de verla en el pasillo.

Abrió, salió, ajustó la puerta y se deslizó a toda prisa hacia la escalera, que subió a gran velocidad, en silencio. Por fortuna, era la hora de la siesta, o de la calma, al menos; y en su papel de Marylin Dexter, llevaba unos gruesos zapatos que no hacían ruido…

En veinte segundos escasos llegaba a su cámara, entraba y cerraba tras ella. Se pasó una mano por la frente, suspirando. Notó el sudor finísimo y fue al dormitorio, cruzando silenciosamente ante Cassim Ben Jaifa, que estaba sentado en el suelo, sobre una alfombra con las piernas cruzadas y con el receptor-grabador ante él. El egipcio alzó la cabeza, la miró y sonrió cuando ella apareció del cuarto de baño limpiándose el sudor con una toalla.

—Parece que no ha sido fácil —comentó.

—Llegó justo cuando me disponía a marcharme… y estaba

sonando el teléfono. Supongo que debieron de llamarlo, le avisaron abajo, y él prefirió hablar desde su cámara. Luego, se ha quedado durmiendo.

—Bueno… Eso demuestra que tiene paciencia y buenos nervios. Y usted también. ¿Qué ha pasado? Brigitte lo explicó, y acabó:

—No sé qué pensará cuando vaya a abrir la puerta y se dé cuenta de que ya está abierta… Esperemos que llegue a pensar que fue él mismo quien la dejó así.

—Dudo que crea eso —encogió los hombros Cassim—. Pero, de todos modos, usted está aquí, y eso es lo que importa.

—¿Captó la conversación?

—Está grabada. Habló en árabe.

—Sí, ya sé… ¿Con quién habló?

—Con un hombre llamado Sharo… Se lo he apuntado todo.

—Ah, estupendo…

Brigitte tomó el papel que le tendía Cassim, el cual había traducido al inglés la conversación, durante la espera, sirviéndose del pequeño magnetófono conectado al receptor.

—Su inglés no es muy bueno, Cassim.

—Lo hablo bien, pero no puede pretender que lo escriba a la perfección… ¿No le gusta mi trabajo?

—No sea tan quisquilloso. Lo ha hecho muy bien. ¿Esto es todo?

—Todo.

Lo escrito por el egipcio era lo siguiente:

«—Diga.

»—¿… tanto?

»—Estaba abajo, y he querido recoger aquí la llamada. ¿Ha salido bien el negocio?

»—Sí. Envié a uno de nuestros empleados al desierto, a recoger la mercancía, tal como me aconsejaste.

»—Bien. Pero no precipitaros, Sharo. Hay que entrarla en Alejandría en el momento justo, cuando el mercado así lo requiera. Mientras tanto, intentaremos arreglarnos con lo que tenemos aquí. ¿Se sabe algo de nuestro competidor que viene de Roma?

»—No. Tengo a dos empleados en el puerto, y otros dos en el aeropuerto. Con esto, hemos quedado prácticamente solos para

atender lo demás, Judeo.

»—No importa, Sharo. Tengo medios para convencer a nuestro competidor de que desista de introducirse en nuestro mercado.

»—Si trajésemos la mercancía del desierto…

»—De momento, no. Cuanto menos bullicio, mejor para nosotros. Sigue al tanto de todo y llámame si hay algo nuevo. No me moveré de mi cámara hasta entonces.

»—Está bien. Hasta luego.

»—Adiós, Sharo».

—Vamos a ver —musitó Brigitte—. Aquí se habla de negocio, empleados, mercancía, desierto, competidor que llega de Roma… ¿Qué le sugiere todo esto, Cassim?

—El competidor tiene que ser el coronel Tok Popitek. Lo demás no adivino qué pueda ser.

—El negocio, sin duda, es el asunto que nos está movilizando a todos. Los empleados, son los amigos de Judeo Cohen, por supuesto, o sea, sus compañeros de misión. La mercancía es algo que tiene que llegar del desierto… Y esa mercancía yo la definiría como una ayuda para Judeo Cohen y el otro, el llamado Sharo, pues éste pone mucha esperanza en esa palabra. Armas o más amigos: eso es la mercancía.

—Es posible.

—Me voy, Cassim. No olvide las instrucciones.

—¿Qué piensa, hacer ahora?

—Iré a su casa, recuperaré mi personalidad de Monique Lafrance y daré un paseo, iré al cine, quizás, y luego llegaré a
L’Etoile,
tan tranquila. Actuaré, tomaré champán con Elvis Tompkins… Veremos qué hay de nuevo en este enigmático asunto.

Capítulo IV

La hermosísima bailarina Monique Lafrance terminó su actuación, y, como las tres noches precedentes, se llevó una salva de aplausos y de gritos de entusiasmo, mientras desaparecía ágilmente del escenario. Se puso la bata con la que regresaba a su camerino y, ya caminando hacia éste, todavía escuchaba las muestras de aprobación y entusiasmo de la variada clientela del cabaret L'Etoile.

En el pasillo se cruzó con personal del cabaret y con otros artistas, que le sonrieron también, como un homenaje al magnífico modo en que daba sus representaciones.

Y muy cerca de la puerta de su camerino, privado pero pequeñísimo, vio al altísimo árabe que esperaba allí. Un árabe colosal, enorme, de amplísimas espaldas, vestido con una chilaba listada en negro y amarillo. Un auténtico coloso, de seis pies y tres pulgadas o cuatro de estatura. Estaba de espaldas, y a su alrededor se veían otros árabes, de estatura y complexión corriente. Uno de ellos dijo algo, y otro se volvió y caminó inmediatamente hacia ella, haciendo flotar su gran chilaba de rico tejido.

Se plantó delante mismo de la bailarina, saludando a estilo árabe, llevándose la mano al estómago, a los labios y por fin a la frente.

—Alá te guarde, hermosa mujer —dijo en francés.

—Él sea contigo —sonrió Brigitte, si bien frunciendo el ceño.

El árabe volvió a inclinar la cabeza.

—Tengo una oferta de mi señor, el gran jeque Ib…

—No acepto ofertas.

—Mi señor me ha asegurado…

—Tu señor no es mi señor. Dile que no acepto ofertas de nadie, y que quisiera entrar en mi camerino.

—Mi señor es poderoso en África y en Europa. Tiene dinero, dos

yates, una avioneta, tres automóviles, cinco casas en África y tres en Europa. Además, mi señor dice…

—¿Debo escuchar lo que a tu señor se le ocurra decir? Ve y dile que deje libre la puerta de mi camerino. Eso es todo.

—Tú querrás hablar con mi señor, lo sé. El gran jeque siempre consigue lo que quiere.

—Dile que se aparte de mi puerta. Y asegúrale que yo también consigo siempre lo que quiero.

El árabe sonrió de un modo extraño, dio media vuelta y fue hasta el grupo formado por el altísimo y colosal gran jeque y los otros árabes. Dijo algo en este idioma, y entonces el gran jeque se volvió, muy despacio. Apenas iniciado el movimiento, Brigitte notó aquel dulce y suave impacto en el corazón, y una sonrisa de niña buena apareció en sus hermosos labios. Mientras tanto, el coloso se había vuelto del todo, mostrando su rostro. Un rostro oscurecido por el sol del desierto, poblado de una espesa barba negra, pero ya con algunas, hebras grises; y unos ojos negrísimos, que brillaban alegremente.

Caminó hacia la espía internacional, con una majestuosidad admirable, y se inclinó efectuando el mismo saludo que el otro árabe.

—Alá guarde siempre a los amigos más queridos de Ibrahim El Kefer, gran jeque del desierto… —musitó—. Mis ojos sonríen felices por el encuentro, y mi corazón es ahora más grande que hace dos días, cuando supe que había una bailarina como tú en Alejandría.

—«Alexandria» —sonrió Brigitte—. Mi querido «Alexandria»… Mi inolvidable «Alexandria» o Ibrahim El Kefer, o barón Wilhelm von Steinheil[2]… Oh, Wilhelm, no te reconocí de espaldas, y con esas ropas… Siempre te he visto vestido a la europea. ¡Qué contenta estoy de verte!

El gigantesco gran jeque del desierto tomó la mano de Brigitte y la besó lentamente. Luego, los negrísimos ojos quedaron fijos en los magníficamente azules.

—Estaba navegando en mi yate por las costas africanas cuando supe que había en Alejandría la más hermosa bailarina del mundo, que tenía los ojos azules, y que había llegado hacía dos días de París… La descripción de la bailarina era tal que pensé en cierta muchacha llamada Brigitte Montfort… O Baby. ¿Qué haces en

Alejandría?

—Trabajando.

—Supongo que no de bailarina.

—Aparentemente, sí —rió Brigitte—. Tú me entiendes, Wilhelm.

—Desde luego. ¿Puedo ayudarte?

—No sé… Aún no estoy bien enterada de todo, de modo que no puedo entrar en acción. Espera, ¿esos árabes son amigos tuyos?

—Viejos amigos de hace más de veinte años. Algunos, son hijos de mis amigos.

—¿Viven en el desierto?

—En todas partes de África. Pero siempre que el gran jeque Ibrahim El Kefer pone el pie en África, ellos lo saben, y vienen a recibirme. Para ellos, no soy un antiguo comandante alemán que estuvo ocupando África, sino siempre el querido amigo Ibrahim El Kefer, el hombre que cuando la guerra estalló ya llevaba tiempo viviendo con ellos en el desierto… El viejo y querido amigo «Alexandria», el espía alemán que siempre estuvo ayudándoles. Pide lo que quieras, y los amigos de Ibrahim El Kefer te lo conseguirán. En cuanto a mi ayuda personal y directa…

—Lo sé, Wilhelm. Lo cierto es que no sé… ¡Tienes que marcharte ahora, Wilhelm!

—Se ha abierto la puerta de tu camerino, y sale un hombre que parece americano. ¿Sí?

—No es americano.

—Entiendo Lo vi entrar no hace mucho… ¿Amigo o enemigo?

—De momento, todo indica que es enemigo… ¿Dónde puedo encontrarte?

—Yate Oasis, en la rada pequeña del Puerto del Oeste. En todo momento…

—¿Te está molestando este hombre? —Gruñó Elvis Tompkins, colocándose junto a Brigitte, fruncido el ceño.

—No demasiado —sonrió Brigitte—. Sus intenciones no son malas del todo. Me estaba asegurando que podría recompensarme bien un viaje al desierto en su compañía… Parece que es un gran jeque árabe…

—Conozco a esta clase de grandes jeques: piojosos muertos de hambre a los que les gustan mucho las mujeres blancas —miró irritado a «Alexandria», y señaló hacia el pasillo—. ¡Largo de aquí!

Por un instante, Ibrahim El Kefer pareció sonreír. O quizá lo hizo porque estaba claro que uno solo de sus golpes casi podía matar a Tompkins, pese a la buena envergadura de éste. Pero la sonrisa burlona sólo fue captada por Brigitte, que tuvo que esforzarse para retener la suya, pensando que Tompkins no se habría mostrado tan arrogante si hubiese visto, como ella, a Ibrahim El Kefer, entonces con la personalidad auténtica de barón Wilhelm von Steinheil, matando a un hombre con sus manos, en Europa, rompiéndole la espalda como si fuese una caña seca…

Pero Ibrahim El Kefer se limitó a inclinarse, volverse y caminar hacia el pasillo, seguido de sus acompañantes.

—Has sido muy descortés con él —sonrió Brigitte.

—Comprendo muy bien lo que te estaba proponiendo. Y no me gusta, Monique. Ella sonrió dulcemente y se cogió de su brazo.

—Y a mí me gusta que no te guste, querido —susurró—. No te vi en la sala… ¿Estabas esperándome en mi camerino?

—Sí… Pero será mejor que subamos directamente a tu aposento, arriba.

—Como tú quieras.

Poco después entraban los dos en el aposento de la bailarina Monique Lafrance, en el piso alto del cabaret. Elvis Tompkins cerró la puerta y se quedó mirando a la espía, que pasaba al dormitorio haciendo ademán de cerrar.

—¿Por qué? —sonrió Tompkins.

—¿No has venido a buscarme para salir? Entonces, será mejor que me esperes fuera, porque, de otro modo…, perderíamos mucho tiempo aquí.

—No demasiado —musitó Tompkins, acercándose.

—No te entiendo…

—No puedo quedarme mucho tiempo. Ni siquiera podremos vernos más tarde. Por eso, he pensado… Quiso besarla en el cuello, pero Brigitte se separó de él y se lo quedó mirando con expresión dolida.

—¿No estarás conmigo esta noche tampoco?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Pues… Negocios. Tengo que atender negocios muy importantes, Monique. Me pareció que eras capaz de comprenderlo.

La espía parpadeó. Se veía la incredulidad en sus ojos. Fue hasta una de las ventanas y se quedó mirando las copas de las palmeras; el aroma de los jazmines llegaba con fuerza hasta allí…

Elvis Tompkins se colocó tras ella y la abrazó por la cintura.

—Dispongo de media hora solamente.

—Si me amases, no te conformarías con estar conmigo media hora. Buscarías el modo de arreglar tus negocios, y volverías para no separarte de mí.

—No podré volver… Es decir, no estoy seguro. Quizá sí pueda, y quizá no. Si dependiese de mí, volvería más tarde.

—¿De quién depende?

Tompkins le dio la vuelta. Parecía un poco irritado.

—Creo que no debes preguntarme tantas cosas, querida.

—Sea como tú quieres. No preguntaré nada. Pero vete.

—¿Cómo? —se asombró el falso norteamericano—. ¿Me estás echando de tu lado?

—Estoy convencida de que es lo que deseas, en el fondo… Pero no debes esforzarte tanto en buscar una ruptura. Lo nuestro fue… muy breve y muy… poca cosa. ¿No es cierto? No tienes por qué intentar quedar bien conmigo. Con no acercarte más a mí; será suficiente. Yo… yo entenderé.

—¿Qué es lo que estás pensando? ¿De nuevo en otra mujer? Brigitte se desasió de sus brazos, fue a la cama y se sentó.

—Vete, Elvis… —gimió—. Te lo suplico.

—No seas niña —sonrió Tompkins, acercándose de nuevo—. Estás obsesionada con otra mujer que no existe. Sólo tú puedes…

Brigitte se alejó de él, rápida, ágilmente.

—Vete, Elvis.

—Te aseguro que estás equivocada.

—Entonces, quédate…

—No puedo.

—Entonces, adiós.

Elvis Tompkins frunció el ceño, visiblemente disgustado.

—No tengo tiempo para discutir contigo de esas tonterías. Me gustaría que reflexionases. Volveré mañana…, y tú decidirás qué es lo que puede continuar entre nosotros. Adiós, Monique.

Salió del aposento, no de muy buen humor, precisamente. Brigitte se sentó en la cama, encendió un cigarrillo y, de pronto,

sonrió. Elvis Tompkins ya había obtenido demasiado. Ella se había introducido en su vida, que era lo que había buscado… ¿Por qué concederle nada más? Por otra parte, era obvio que el falso norteamericano tenía cosas en verdad importantes que hacer aquella noche. Y para matar la media hora de espera, había tenido la buena idea de divertirse con la «estúpida bailarina francesa que se había enamorado de él».

¿Adónde podía ir Elvis Tompkins? La lógica indicaba que solamente al puerto o al aeropuerto. Eso podía indicar claramente que el tal coronel Popitek llegaba aquella noche a Alejandría. En tal caso, era cuestión de disponerse a trabajar, para enterarse de lo que ocurría en torno a aquel hombre misterioso.

Salió de su aposento y se asomó por la galería, oculta tras unas celosías, mirando hacia la sala. Elvis Tompkins no estaba allí. Era de esperar que hubiese decidido reunirse ya con aquel alemán albino y de la cicatriz en el ojo, llamado Rudolf. Y quizá con los cuatro asesinos que la noche anterior habían matado a Alí Yusef y al otro…

Baby Montfort se vistió rápidamente, se aseguró de que en el bolsito llevaba todo el equipo que creía poder necesitar y salió de nuevo a la galería con celosías. Un nuevo vistazo la aseguró de que Elvis Tompkins, efectivamente, no estaba allí. Bajó por la escalera interior y salió al patio. El pequeño Balilla negro estaba allí. A saber cómo había llegado aquel vetusto y ridículo coche a poder del propietario de
L'Etoile…

Abrió la puerta del patio, salió con el coche y volvió a cerrar. Regresó al coche, se alejó de allí y lo detuvo de nuevo, al llegar a Sharia El Midam.

Accionó la radio de bolsillo.

—¿Cassim?

—Todavía estoy en su cámara, agente Baby. ¿Algo nuevo?

—Parece que Tok Popitek va a llegar esta noche. ¿Sabemos algo de Judeo Cohen?

—Nada en absoluto. Ni lo han llamado, ni él ha llamado a nadie. De cuando en cuando oigo en su cámara algún ruido… Parece que no se ha movido de ahí en toda la tarde. Ah, le oí cerrar la puerta con llave un par de horas después de marcharse usted.

—Consideraremos, entonces, que no se ha alarmado, ya que permanece ahí y no ha llamado a nadie. En verdad que no son demasiado listos. Siga vigilando, Cassim. Yo iré a visitar a un amigo que quizá pueda ayudarnos mucho.

—¿Qué amigo? ¿Es de la CIA?

—No, no —rió Brigitte—. ¡Desde luego que no!

—¿Qué es lo que le hace gracia? Si dice que es un amigo, yo debo pensar que es de la CIA, ¿no?

—Claro… Pero yo tengo amigos incluso en la MVD, Cassim.

—Es una broma, claro —gruñó Cassim Ben Jaifa.

—Claro… Claro, es una broma. No se mueva de ahí, y avíseme si ocurre algo nuevo.

—Bien.

Brigitte cortó y dejó la radio en el asiento de al lado. Para la llamada por la luz roja, era conveniente tener el aparato bien a la vista, al menos mientras fuese posible.

Convencida de que si Tok Popitek llegaba, los amigos de Judeo Cohen avisarían a éste, Brigitte decidió llegarse al Puerto del Oeste, donde, en la rada pequeña, encontraría, sin duda, el yate Oasis… Si Tok Popitek, mientras tanto, llegaba a Alejandría, Cohen sería avisado, y, como consecuencia, Cassim Ben Jaifa se enteraría y la avisaría… Iría, pues, a visitar a su querido «Alexandria».

* * *

«Alexandria» sonrió, señalando uno de los asientos de las cabinas interiores del yate.

—Siéntate. No te esperaba tan pronto.

Brigitte se acercó a él, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó profundamente en los labios, tras conseguir alcanzar hasta allí poniéndose completamente de puntillas, casi colgándose del colosal ex espía alemán. Parecía que el tiempo no pasaba para Wilhelm von Steinheil. A los cuarenta y siete años, tenía el mismo aspecto que a los cuarenta y seis; pero esto no era sorprendente en modo alguno, y sí, en cambio, la certidumbre de que a los setenta, aquel ex espía extraordinario seguiría igual, con toda su fortaleza.

—Quizá con algunas canas más —sonrió Brigitte.

—¿Cómo?

—Oh, son cosas que estaba pensando… ¿Puedo besarte otra vez?

Era una tontería preguntarlo, y ella lo sabía. «Alexandria» la había amado, la amaba todavía, seguramente. Y ella, como tantas veces le había sucedido, había dejado un poco de su amor en aquel hombre…

Por fin, Brigitte se sentó, comentando:

—Tienes un hermoso yate.

—Es el que utilizo por el Mediterráneo. Tengo otro, en el mar del Norte, menos… alegre.

—Un gran jeque riquísimo —rió Brigitte—. ¿Estás utilizando tu personalidad de Ibrahim El Kefer?

—Así es. No creas que lo hago por algo… especial. Simplemente, cuando vengo a África me gusta ser Ibrahim… ¿Puedo ayudarte en algo?

—No sé. ¿Realmente tienes amigos en toda África?

—Sí.

—¿Incluso en el desierto?

—Allí más que en ningún otro sitio.

—¿Podrías encontrar en el desierto a unos hombres que posiblemente están esperando algo cerca de Alejandría y que, pareciendo árabes, no lo son, sino que son judíos… posiblemente?

—¿Eso es todo? —sonrió «Alexandria».

—Para mí, más que suficiente.

—Los encontraré. ¿Qué hago con ellos?

—Nada. Todavía no sé qué es lo que merecen. Por el momento, si los encuentras, bastará con que los retengan en cualquier sitio discreto.

«Alexandria» se puso en pie y apretó un botón que había junto al interruptor de la luz, a un lado de la entrada a las cabinas. Volvió a sentarse junto a Brigitte y, sin darle tiempo siquiera a encender el cigarrillo que colocó en la larga boquilla, el mismo árabe que había abordado a Brigitte en el pasillo de L'Etoile entró en las cabinas.

—Que venga Badul —dijo «Alexandria», en francés.

—Sí, Ibrahim.

Ahora, «Alexandria» tuvo tiempo de encender el cigarrillo y servir más café a Brigitte, antes de que descendiese un árabe alto y

flaco, de ojos brillantes, barbudo, con una gran nariz que se ensanchaba debido a la amistosa sonrisa.

—Mándame, Ibrahim… —dijo en árabe.

El alemán se volvió hacia Brigitte.

—Supongo que todavía no hablas árabe, pero Badul sólo habla ese idioma. Perdónanos.

—Desde luego, Wilhelm.

Éste estuvo hablando en árabe durante unos minutos, al cabo de los cuales Badul se inclinó, saludó y se fue. Él alemán miró sonriendo a Brigitte.

—Si esos hombres existen, y están a menos de treinta millas de Alejandría, los tendremos… retenidos antes de cinco horas. Si están más lejos, temo que no podremos hacer nada hasta el amanecer.

—No pueden estar a más de treinta millas.

—En tal caso, dalos por presos. Y ahora, si te parece, puedes explicarme…

Brigitte alzó una mano. Tenía el bolsito sobre sus rodillas, abierto, de modo que vio la luz roja apenas comenzó a funcionar intermitentemente.

Sacó la radio y admitió la llamada.

—Adelante, Cassim.

—Han llamado a Judeo Cohen. El mismo hombre de antes, el llamado Sharo. Tok Popitek ha llegado a Alejandría, en barco, procedente de Roma. Sharo ha informado a Judeo Cohen que Popitek ha sido recibido por un americano y un hombre de cabellos muy claros con una cicatriz sobre el ojo derecho. Están ahora viajando en coche, y Sharo los está siguiendo. Cuando conozca su destino avisará a Cohen.

—¿Y qué hará Cohen?

—No han hablado de esto.

—Pero yo lo sé, Cassim. Y también sé adónde se dirigen Elvis Tompkins, Rudolf y ese coronel Popitek: al hotelito de Sharia Abasside.

—Es posible. ¿Qué hago cuando Judeo Cohen salga del hotel?

—Sígalo. Pero no intervenga en nada a menos que yo se lo ordene expresamente por la radio Quiero que Judeo Cohen tenga libertad de acción.

—Si es enemigo de Popitek, querrá matarlo.

—Ya he pensado en eso. Pero yo arreglaré esa parte del asunto. Usted sígalo, simplemente, vaya adonde vaya. No le impida nada. Simplemente, cuando yo le pregunte, quiero que usted sepa contestarme dónde está en todo momento Judeo Cohen. Esto es todo, Cassim.

—De acuerdo.

Brigitte cerró la radio, la guardó y se puso en pie.

—Tengo que marcharme, Wilhelm.

—¿Te acompaño?

Brigitte quedó pensativa. Estaba imaginando rápidamente un plan a seguir… Un plan tan audaz que, si fallaba, iba a necesitar toda la ayuda del mundo para salir con bien del aprieto. Llevaba ventaja a Judeo Cohen en la localización del americano que, al parecer, veía Sharo por primera vez mezclado en su misión. Por tanto, ella podía perfectamente llegar junto a Popitek antes que Cohen. Sin embargo, si no lograba convencer a Tompkins y al tal Popitek, estaba segura de que su vida no valdría ni medio centavo. Entonces, necesitaría ayuda… Y «Alexandria» era capaz de ayudar de la mejor manera del mundo.

—Te lo suplico —sonrió de pronto—. Tengo un coche en el muelle. Iremos juntos, te contaré lo que sé por el camino, y al final te pediré que no intervengas a menos que sea necesario.

—¿Cómo sabré si es o no es necesario? Contigo, es muy difícil saber si estás en verdaderos apuros o todo es un truco tuyo.

—Vamos a ir a un hotelito. Allá están… o llegarán muy pronto los hombres que me interesan. El hotelito tiene grandes ventanas. Si por cualquiera de ellas ver brotar de pronto un fogonazo rojo, querrá decir que estoy deseando tu intervención. De lo contrario, permanece quieto.

—De acuerdo —sonrió el alemán—. Eres la reina de los trucos.

* * *

Bajo la sombra de las anchas palmeras, el pequeño Balilla negro pasó inadvertido, detenido y a motor parado, cuando el otro coche, negro también, pero mucho más grande y potente apareció por la esquina inmediata, más adelante.

—Ahí llegan —musitó Brigitte.

—Parece que hay demasiados hombres en ese coche. No me gusta tu plan, Brigitte. Dejas demasiada iniciativa a los demás. A ese Cohen, por ejemplo. Si realmente va a intentar matar al tal Popitek, puede que lo haga cuando a ti no te convenga.

—Sí… Estaba pensando en eso —sacó la radio y la conectó—. ¿Me está escuchando, Cassim?

—Diga.

—Si consigue mantener bajo su vigilancia a Judeo Cohen, impídale actuar. Posiblemente, quiera disparar contra Popitek aquel extraño rifle del que le hablé. Impídaselo. En el cruce de Abasside y Carontke encontrará a un árabe alto, llamado Ibrahim. Es amigo de toda confianza, y le ayudará en lo que sea. ¿Entendido?

—Sí.

Brigitte guardó la radio y se quedó mirando a «Alexandria».

—Si ayudo a Cassim, no podré estar cuidando de ti —dijo él.

—Será poco tiempo. Además, en caso de apuro sé que eres capaz de estar en dos sitios a la vez.

—Sin duda —sonrió el alemán—. Pero, hablando en serio, Brigitte, por mucho que yo corra, siempre llegaré más tarde que una bala o un cuchillo.

—Entonces, véngame.

—Prefiero que estés viva… Me siento mucho más feliz.

—Y yo —rió la espía; lo besó en los labios y señaló fuera del coche—. No intervengas si no te lo pido. Pero no temas, Ibrahim El Kefer. Estoy tan contenta de haberte encontrado, que por nada del mundo dejaría de reunirme contigo otra vez.

Capítulo V

El coronel Tok Popitek era un hombre menudo, delgado, casi completamente calvo. Tenía unos pocos pelos a un lado de la cabeza parcialmente quemada, y ocultaba…, o pretendía ocultar, la calvicie y las quemaduras dejándose aquellos pocos cabellos muy largos y echándolos luego hacia el otro lado, de modo que pasaban por encima del cráneo en un ridículo simulacro de peinado.

Sus ojos eran muy pequeños, de un azul tan claro que casi parecían transparentes, y muy fríos. Tanto que se podía pensar que aquel hombrecillo ridículo, de mandíbula débil, era incapaz de experimentar emoción alguna. El conjunto total resultaba un poco escalofriante, y no poco repulsivo. Las manos eran pequeñas, blanquísimas, muy cuidadas las uñas de un tono amarillento.

Realmente, Tok Popitek no podía resultar más desagradable.

Sin embargo, Elvis Tompkins no parecía considerarlo así, ya que le estaba tratando con su máxima amabilidad, casi pasándose de la raya y llegando al halago total.

—Siéntese, coronel… Le rogamos que nos considere a todos sus humildes servidores. Si hay algo que no le guste, algo que usted quiera pedir, le suplico que lo haga inmediatamente, y será atendido…

—Todo parece estar bien —dijo Popitek, en inglés un tanto defectuoso—. Pero me aseguraré convenientemente. Riko, Satok: aseguraos de que todo está en orden.

Riko y Satok eran los dos guardaespaldas de Tok Popitek. Dos tipos altos, de cara de piedra, ojos vivos, astutos, crueles. Fornidos como troncos de sequoia, de apariencia inamovible; cada uno de ellos parecía llenar por lo menos tres veces el espacio del menudo y repugnante Tok Popitek.

Oída la orden de éste, los dos se dedicaron a recorrer la casa. Popitek se sentó en un sillón que, por supuesto, no tenía nada de

árabe, en contraposición con el estilo del hotelito. Sacó un cigarrillo, y Elvis Tompkins se apresuró a ofrecerle la llama de su encendedor. Rudolf permanecía silencioso, apoyado en la pared, cerca de la puerta, mirando con contenido interés al hombrecillo que tan importante estaba resultando…

—Estamos encantados de tenerle por fin con nosotros, coronel —sonreía Tompkins—. Llevamos bastante tiempo esperando su decisión de visitarnos. Y le aseguro que en estos momentos no hay lugar más seguro que Alejandría para usted.

—Yo deseo que no se equivoque, Tompkins.

—Hemos hecho todo lo necesario para que así sea Anoche mismo, unos cuantos de mis hombres se aseguraron de que la noticia de su llegada a Alejandría no iba a trascender.

—¿No están aquí esos hombres?

—Uno de ellos está fuera. El otro, junto a Rudolf. Los otros dos están en otro lugar… No los consideramos necesarios, ya que usted ha traído a Satok y Riko. Por otra parte, no creo que a ninguno nos interese un exceso de movimiento en esta casa. ¿Puedo ofrecerle algo de beber, coronel?

—Vodka.

Tompkins sonrió empalagosamente.

—Conocíamos esa… afición suya, y nos hemos ocupado de que no falte el vodka en esta casa. Rudolf, vodka para el coronel.

El albino alemán del ojo marcado por una cicatriz asintió con la cabeza y fue a un armarito colocado en un rincón. Sacó una botella de vodka ruso auténtico, llenó un vaso y lo llevó a Popitek, que lo tomó con una de aquellas menudas manos que parecían de cadáver. Alzó el vaso, miró el licor al trasluz y aprobó con un guiño. Luego, sorprendiendo a los presentes, lo vació de un trago y lo devolvió a Rudolf.

—Más.

—Sirve más vodka al coronel —sonrió Tompkins—. Su estancia entre nosotros debe ser absolutamente grata.

Rudolf volvió a llenar el vaso y de nuevo lo entregó a Popitek, que esta vez fue mucho más moderado en el trago. Riko y Satok, como dos moles de piedra, regresaron al vestíbulo de la casa. Cuando Popitek los miró, ellos se limitaron a asentir con la cabeza. Todo estaba bien, al parecer.

Entonces, Popitek bebió otro sorbo de vodka y se quedó mirando a Tompkins.

—Un millón de libras inglesas —musitó—. ¿Las tiene, Tompkins?

—Por supuesto.

—Quiero verlas. Ahora.

—Perdone, coronel… El millón de libras esterlinas están en camino. Llegarán oportunamente, se lo aseguro…

—Ahora.

—No están todavía en Alejandría. Hemos pensado…

—No me Importa lo que ustedes hayan pensado, Tompkins…, o como se llame. Espero que ustedes no hayan cometido la equivocación de creer que pueden engañarme. Nadie engaña a Tok Popitek.

—¿Engañarle? —musitó Tompkins—. Perdone, no comprendo…

—Pese al nombre que me ha dado, es decir, el que me fue facilitado para saber que usted era la persona con la que tenía que negociar, es evidente que yo no ignoro que usted no es americano. Si fuese usted yanqui, no necesitaría mis servicios.

—No hemos pretendido engañarle —protestó Tompkins—. Ni he hecho hincapié en mi falsa nacionalidad. Todo lo que se ha organizado, a fin de cuentas, está pensado para proporcionarnos a todos la máxima seguridad. Nada de mencionar países, ni nombres auténticos… Usted sabe perfectamente cuál es mi nacionalidad, yo sé muy bien quién es usted, y sabemos los dos cuál fue el trato. ¿Tiene los planos?

—Los tengo.

—Espero que hayan sido creados da acuerdo a su reconocida estrategia, coronel.

—¿Lo duda?

—No, no… Simplemente le recuerdo que en nuestro país no hemos conseguido organizar una invasión fulminante ni siquiera después de algunos años de estudios por parte de nuestros militares…

—Razón por la cual recurrieron a mí.

—Evidentemente. Si hubiésemos tenido la más ligera duda respecto a su eficiencia, tenga por seguro que no le habríamos… contratado. El plan de invasión ha de ser perfecto, fulminante.

Veinticuatro horas de invasión, y todo terminado. ¿Lo ha conseguido?

—Sí. Pero esos planes valen un millón de libras esterlinas. Y no comentaré nada sobre ellos hasta tener el dinero.

—Bien… No creíamos que usted pudiese desconfiar de nosotros, coronel.

—¿Por qué no? Yo no confío en nadie, Tompkins. Y si alguien espera obtener algo de mí, debe pagar. ¿No le parece… correcto?

—El millón de libras llegará mañana. No estábamos seguros de que usted arribase hoy a Alejandría, y nos pareció más prudente retener el envío de dinero hasta tener la completa seguridad de que usted estaba aquí… con los planes de invasión fulminante.

—Estoy aquí, y tengo los planes. Vuelva cuando pueda hacerlo con el dinero, Tompkins.

—¿Me está sugiriendo que quiere quedarse solo, coronel? No debe temer nada de nosotros…

—Ni de ustedes ni de nadie —sonrió cruelmente Popitek—. Sí algunas personas tuviesen la desdichada idea de pretender molestarme en algún sentido, Riko y Satok los harían pedazos en pocos segundos, no importa cuántos fuesen y cómo atacasen.

—La cuestión no es ésa, sino saber si usted desconfía de mí en algún sentido.

Tok Popitek frunció el ceño y se dedicó a mirar a todos lados excepto a Elvis Tompkins. Por fin, su mirada quedó fija en la persiana graduable. Se levantó, fue hacia allá y pareció aspirar el aire de la noche, hinchando su ridículo pecho hundido…

—No desconfío de…

Satok se acercó rápidamente a él, señaló la ventana y luego a Tok Popitek; por último, metió un dedo entre dos de los listones de la persiana. Popitek se apartó de allí inmediatamente, sonriendo astutamente.

—Satok opina que alguien puede verme desde fuera, Tompkins. Para quien me conozca, mi silueta debe de ser inconfundible. Pero yo estoy seguro de que nadie va a intentar nada contra mí en un hermoso lugar como éste y bien protegido por usted y sus hombres. ¿Acierto?

—Por completo. En estos momentos, nadie excepto nosotros sabe que usted está en Alejandría. Y, mucho menos, en esta casa. De

todos modos, es fácil cerrar la persiana de modo que…

—No, no… Me gusta el olor a tierra, y el aire que entra por ahí… Deje las cosas como están y acabemos esto. Decía que no desconfío dé usted, desde luego. Pero sí quiero insistir en que no entregaré los planes hasta que…

Se calló bruscamente, fija la mirada en la puerta. Satok y Riko también miraban hacia allí, y ambos sacaron su navaja de resorte, que se abrió cuando apretaron el botón, mostrando una hoja de casi siete pulgadas. Satok se colocó delante de Popitek, y Riko fue hacia la puerta, quedando ante ella, como una mole insalvable, esperando…

Al otro lado, afuera, se había oído ruido de pies, un golpe, un peso al caer al suelo…

—¡Señor Tompkins! —Oyeron todos.

—Ése es Omar —musitó Tompkins—. Abre, Ahmed.

Ahmed era uno de los cuatro asesinos, el que había permanecido silencioso e inactivo junto a Rudolf, el cual había sacado su pistola, igual que Tompkins. Ahmed abrió la puerta, y otro de los asesinos quedó visible en el umbral, sosteniendo el cuerpo de una persona que parecía a punto de rodar por el suelo.

—Se acercó a la casa, y quiso mirar por la ventana —dijo Omar —. He tenido que golpearla… Elvis Tompkins se había acercado precipitadamente, y se quedó mirando entre estupefacto e incrédulo a la bailarina de París llamada Monique Lafrance. La hermosa muchacha estaba un poco pálida, y una de sus manitas palpaba cuidadosamente la parte posterior de su cabeza, allá donde había recibido el golpe.

—Monique —siseó Tompkins—. ¿Qué haces aquí?

—Elvis —tartamudeó la hermosa bailarina—, perdóname… Perdóname, te lo suplico…

—¿Quién es? —preguntó Popitek, con voz crispada.

—Monique Lafrance, una bailarina que llegó de París hace cuatro días, contratada en el cabaret
L’Etoile…
No comprendo… ¿Qué estás haciendo aquí, Monique? —insistió.

—He sido… una tonta… Me duele la cabeza, ese hombre me ha golpeado…

Elvis Tompkins tenía hoscamente fruncido el ceño. La asió de un

brazo y la tiró rudamente sobre un sillón.

—¡Quiero que me digas qué estás haciendo aquí! —Casi gritó.

—Te… te he seguido… esta noche…

—¿Me has seguido…?

—Elvis, creí… creí que me engañabas… Cuando saliste del cabaret, me vestí enseguida, te he seguido… Te vi dirigirte al puerto y recibir allá a unas personas…

—¡Me has estado espiando!

—Sí, sí… ¡Eso es lo que he hecho! No… no pude ver bien a quién recibías, porque tenía miedo de acercarme demasiado… Os vi venir aquí en un coche, y creí… creí que quizás había llegado alguna mujer que tú… ¡Aquí no hay ninguna mujer!

Elvis Tompkins no conseguía salir de su estupefacción. Sus ojos parpadeaban rápidamente, evidenciando su incredulidad, su pasmo…

—¿Estás loca? —musitó—. ¿Qué clase de historia estás contando?

—Elvis, perdóname —insistió la espía—. ¡Te lo suplico, perdóname, ya no volveré a dudar de ti! ¡He visto que la reunión es de negocios, que no hay ninguna mujer…!

—Estás loca —musitó todavía incrédulo Tompkins, achicados los ojos peligrosamente—. Estás loca si crees que vas a engañarme con semejante estupidez.

—¿Qué… qué dices…? Elvis, no comprendo… Me iré enseguida, te esperaré mañana, siempre… Siempre que tú quieras…

Elvis Tompkins enrojeció de ira. Estaba tan fuera de sí que no sabía qué decisión tomar, pero, evidentemente, ninguna buena hacia la mujer que él conocía como Monique Lafrance, bailarina…

—¿Qué es lo que ocurre exactamente? —preguntó Popitek, en francés, ya que en este idioma estaban hablando Brigitte y Tompkins.

—De veras que no lo sé —musitó el falso norteamericano—. ¡De veras que no lo sé! Esta estúpida asegura que me ha seguido porque tiene celos… ¡Es absurdo! —Adelantó una mano y cogió a Brigitte rudamente—. ¿Qué cuento crees que puedes colocarme a mí, Monique?

—Elvis, no… no comprendo…

—¿No? ¡Regístrala, Rudolf!

La puso en pie y la tiró de un empujón a las manos del albino alemán, que se guardó rápidamente la pistola y registró a Baby Montfort sin miramientos de ninguna clase.

—Nada, Elvis.

—Nada… No comprendo… Algo no está funcionando bien…

Brigitte permanecía entre las fuertes manos de Rudolf con el más asustado de los aspectos, encogida, temblando, desorbitados los hermosos ojos, mirando a todos lados como quien no comprende nada.

Popitek se acercó a ella, la miró de arriba abajo, y sus fríos ojos parecieron cobrar vida.

—¿Es o no es amiga suya, Tompkins?

—Ella dice que me ama, la visito en el cabaret L'Etoile… Dice que me ha seguido por celos, porque creía que yo iba a reunirme con otra mujer, Es mentira, es absurdo… ¡Está mintiendo!

Popitek recuperó su fría expresión.

—En ese caso, Tompkins, parece que su… sistema de seguridad no es tan bueno como usted creía. ¿Está loco? ¿Cree que yo puedo arriesgarme a que sucedan cosas como ésta, que demuestran que usted no sabe hacerlas como yo las exijo? Temo que voy a marcharme inmediatamente de esta casa… Y de Alejandría.

—Espere… Espere, coronel… —Intentó sonreír Tompkins—. Es posible que todo sea un error por mi parte. A fin de cuentas, realmente, Monique me ama… ¿No es así, Monique?

Brigitte asintió con la cabeza, tragando con dificultad la saliva. Tenía todo el aspecto de la ovejita aterrorizada en el centro de una manada de lobos.

—Vamos a ver —procuró mostrarse amable el falso yanqui—. Tú me amas, has creído que yo te estaba engañando con otra mujer, te has dedicado a seguirme, para cerciorarte de ello. ¿Es así, Monique?

Brigitte asintió de nuevo con la cabeza. Estaba comprendiendo la nueva actitud de Elvis Tompkins; éste no quería que Tok Popitek se fuese, y el único modo de evitarlo era tranquilizarlo, hacerle creer que él sí creía las palabras de Brigitte, y que no había nada que temer. Tompkins haría cualquier cosa con tal de tranquilizar a Popitek, de retenerlo en aquella casa, en Alejandría.

—Bien. —Tompkins sonrió más afablemente y pasó una mano

por los cabellos de Brigitte, amablemente—. Temo que nos has complicado el negocio por un momento, querida. Y… nos has puesto en una situación un poco difícil. Yo te creo, pero no sé si mi amigo hará lo mismo… ¿Qué opina usted, coronel?

Popitek hizo señas a Tompkins, y se lo llevó a un rincón de la estancia. Estuvieron hablando allá un par de minutos, siempre fijos en Bngitte los fríos y claros ojos de Popitek. Por fin, Tompkins asintió con la cabeza, sonriendo.

Fue hacia Brigitte, la tomó de un brazo y la llevó hacia el rincón opuesto.

—Voy a ser sincero contigo, Monique. Estamos dedicados a cierto asunto delicado, y tu presencia aquí me ha colocado en una postura difícil…

—Lo siento… Lo siento, Elvis, de veras…

—No te preocupes. Todavía puedes arreglar la situación.

—¿Yo?

—Solamente tú. He insistido con el coronel sobre la confianza que tengo en ti. Le he dicho que me he dejado llevar por la ira, pero que realmente confío en ti, y que todo lo que ha ocurrido es eso: que me ha irritado que me siguieses. Él me ha preguntado qué significas tú para mí, y he tenido que decirle que no gran cosa.

—Pero no entiendo…

—Es bien fácil de entender, querida. Quisiera que lo convencieses de que estás definitivamente de mi lado, que yo puedo confiar plenamente en ti. De otro modo, temo que los dos vamos a pasarlo mal.

—Pero ¿cómo puedo convencerlo?

—Eso es cuenta tuya. Sé que te pido un gran sacrificio, pero, después de esto, tú y yo podremos marcharnos a Roma, o adonde tú prefieras. Tendré dinero, habré terminado mi negocio, y podré dedicarme por completo a ti.

—Lo que me pides demuestra que… que no me amas, Elvis.

—Al contrario. Si no te amase dejaría que ese hombre te matase. Es más, para demostrarle que realmente no me importas y tranquilizarlo respecto a tu actitud de seguirnos, yo mismo podría matarte. Pero por ti voy a sacrificarme sabiendo que te quedas con él. ¿No lo comprendes? Mi sacrificio, realmente, va a ser mayor que el tuyo… Te lo suplico, Monique: compréndelo.

La falsa Monique Lafrance estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos del falso Elvis Tompkins. Por fin, asintió, con la cabeza y musitó:

—Si tú estás dispuesto a sacrificarte por mí, yo también quiero demostrarte que estoy dispuesta a hacerlo por ti, Elvis. Por los dos.

—Sabía que lo comprenderías —suspiró Elvis—. Lo siento… Lo siento tanto, Monique, que…

—Será mejor que… que olvidemos lo que va a ocurrir, ahora mismo, incluso antes de que haya ocurrido, Elvis. No debe haber… ninguna sombra entre nosotros. Se hará lo que se deba hacer…, y cuando termine mi contrato en
L’Etoile,
tú y yo nos iremos a Roma.

—Adonde tú quieras, Monique. Y ahora debo marcharme. Te quedarás sola con el coronel. Hasta mañana, querida.

La dejó sola en el rincón, se acercó a Popitek, dijo algo, y el repugnante hombrecillo de los ojos transparentes asintió con la cabeza, visiblemente complacido.

Tompkins se despidió y se marchó, acompañado de Rudolf y Ahmed, reuniéndose afuera con Omar. Pocos segundos después se oía el motor del coche en el patio. Y, finalmente, fue perdiéndose en la distancia.

Brigitte se volvió entonces para mirar directamente a Popitek, que sonrió repulsivamente, se sentó en un sillón y llamó a Brigitte moviendo un dedo.

En efecto: la tierna y dulce oveja había quedado sola entre los hambrientos lobos.

Capítulo VI

Se acercó a Popitek, sonriendo tímidamente. Quedó ante él, que la volvió a mirar de arriba a abajo, cómodamente sentado en el sillón.

—¿Cuántos idiomas hablas? —preguntó Popitek, en alemán.

Brigitte parpadeó, confundida, como atemorizada. Movió negativamente la cabeza y susurró en francés:

—No… no le entiendo, señor…

—¿Cuántos idiomas hablas? —repitió Popitek en francés.

—Francés, solamente. Sé unas pocas palabras de italiano, español e inglés… Muy poco.

—Entonces, hablaremos en francés —sonrió Popitek—. Eres muy hermosa, Monique.

La espía dio la impresión de ir encontrándose más a gusto en compañía de Tok Popitek. Su rostro dejó de expresar miedo, y empezó a adquirir la clásica expresión de la mujer que empieza a comprender que, una vez más, su belleza puede reportarle beneficios.

—Elvis ya me ha dicho que… que usted piensa eso de mí.

—Y a mí me ha dicho que lo amas. ¿Es cierto?

—Sí…

—Parece que vacilas, ¿no?

—Bueno… Es que no sé exactamente en qué consiste amar a un hombre. Quiero decir, amarlo como… Estar enamorada, eso es lo que quiero decir, coronel.

—¿No sabes lo que quiere decir estar enamorada?

—No sé lo que es estar enamorada.

—Entiendo, entiendo… Supongo que eso significa que tu amor puede… dispersarse en diferentes… comprobaciones. ¿Es eso?

Brigitte se lo quedó mirando, sin contestar. Popitek volvió a sonreír y alzó su vaso.

—Satok —llamó.

El macizo guardaespaldas se apresuró a llenar de vodka el vaso de Tok Popitek, de nuevo vacío. El coronel bebió un sorbo, se puso en pie y desapareció del vestíbulo, acompañado por Riko. Éste reapareció poco después, señaló a Brigitte y luego hacia donde había quedado Tok Popitek.

—¿Debo… ir allá?

Riko asintió con la cabeza, y Brigitte recogió su bolsito y fue hacia el interior de la casa. Se detuvo en la puerta de una de las habitaciones, porque vio allí a Popitek, sentado sobre un montón de cojines, haciéndole señas de que entrase.

Ella obedeció y se sentó cerca de él, sobre otros cojines, siempre obedeciendo las indicaciones del hombrecillo repugnante. Abrió el bolsito, sacó un cigarrillo y lo encendió, al parecer un tanto nerviosa.

Popitek tenía la vista fija en las piernas de Brigitte, parcialmente visibles por la postura que había adoptado al sentarse.

—Elvis me ha dicho que ustedes son… socios, o algo así, coronel. ¿A qué se dedican? Popitek alzó la fría mirada.

—Compramos, y vendemos cosas.

—Me está engañando —sonrió ingenuamente la espía—. Elvis me ha asegurado que es un negocio peligroso, o algo así. Pero que… que van a ganar mucho dinero.

—Eso es cierto —sonrió Popitek—. Por fín, vamos a ganar mucho dinero. ¿Te gusta el dinero?

—¿A quién no?

—Acércate más.

Brigitte pareció vacilar, pero, al fin, sonrió y obedeció la orden de Tok Popitek. Éste alzó una mano y la pasó lentamente por la garganta blanca y dorada de sol de la más hermosa y audaz espía del mundo. Brigitte consiguió retener la sonrisa en los labios, manteniendo su postura de la muchacha que está dispuestas ser amable, si bien demostrando una cierta tontería.

—Esos dos amigos suyos son… muy feos, coronel.

—¿Riko y Satok?

—Sí. Son unos hombres extraños… ¿Verdad?

—¿Extraños? ¿Por qué?

—No sé… Parecen de piedra, incapaces de… sentir algo… algo hermoso.

—¿Qué es hermoso, para ti?

—Pues… la vida, por ejemplo.

—Tienes razón… La vida es hermosa…

* * *

—¿Puedo marcharme? —sonrió Brigitte, dos horas más tarde.

—¿Marcharte? ¿De la casa?

—Claro… Aunque, si quieres, puedo quedarme más tiempo contigo.

—No, no… ¿Adónde piensas ir?

—A L'Etoile. Vivo allí. Y… podrás encontrarme en ese lugar siempre que quieras, coronel.

—No será necesario, porque no vas a salir de aquí.

—¿Estás… ordenándome que pase aquí la noche?

—Sí. Y quiero hacerte una proposición, si es que realmente te gusta el dinero.

—Oh, sí… Me gusta mucho, amorcito. ¿Qué proposición es esa?

—Tendrás todo el dinero que quieras si te vienes conmigo.

—¿Adónde?

—No sé aún… Mañana me marcharé de aquí, con mucho dinero…

—Igual que Elvis Tompkins… Y él me ha hecho la misma proposición, coronel.

—Yo tendré más dinero que ese Tompkins. Él no es más que un… empleado. Yo no trabajo para nadie. Podrás vivir como quieras y donde quieras. No te negaré nada.

—Eso es mucho ofrecer, mucho prometer… ¿Cuánto dinero tienes?

—Un millón de libras esterlinas.

Los ojos de Baby Montfort se desorbitaron «ingenuamente».

—¡Un millón de libras…! ¡Oh, me estás engañando, coronel…!

—No te engaño. Podemos marcharnos mañana mismo de aquí, con ese dinero. Y quiero que vengas conmigo.

—Parece que me estés… amenazando.

Tok Popitek no contestó. Brigitte estuvo unos segundos mirándolo, sonriente, dulcísima su expresión de niña simpática. Por fin, abrió la boquita, pareció a punto de decir algo y se echó a reír.

—Te diré lo que podemos hacer, coronel. Voy a quedarme contigo hasta que yo esté segura de que tienes un millón de libras. Cuando esté segura, iré contigo adonde tú quieras.

—De acuerdo.

—Eso digo yo: de acuerdo. Y ahora, si no te importa, iré a buscar algunas cosas a
L'Etoile…
No puedes obligarme a dormir así, amorcito. Y menos, sobre unos cuantos cojines.

—¿Qué cosas has de recoger allí?

—Prendas para dormir… Y pequeñas cosas que tú no entenderías. Creo que no estás siendo muy amable conmigo ahora.

—Está bien, puedes ir…

—Gracias, cariñín.

—Pero Satok irá contigo.

—¿Por qué? —protestó Brigitte—. ¡No lo necesito para nada!

—Satok irá contigo.

—Está bien —suspiró la espía—, me llevaré a uno de esos dos pedazos de montaña, coronel querido. Supongo que así te sentirás más tranquilo.

—Mucho más tranquilo —sonrió Popitek—. Ya puedes marcharte. Yo descansaré un rato.

—¿Estás cansado? Pobrecito mío… ¿Quieres que te despierte cuando regrese?

—No, no…

Brigitte volvió a reír, le dio un beso en la frente y se puso en pie.

—¡Satok! —llamó Popitek.

Satok apareció inmediatamente en la habitación, ocupando casi toda la puerta, silencioso, mirando expectante a su jefe, que le habló en alemán:

—Ve con ella. Tiene que volver aquí después de recoger algunas cosas. Ten cuidado.

Satok movió afirmativamente la cabezota y se apartó de la puerta, dejando paso libre a Brigitte, que lo rozó al pasar, sonriendo.

—Un momento —llamó Popitek—, ¿tienes coche?

—Uno pequeño, prestado… Pero servirá. Estuve siguiendo a Elvis con él. Hasta luego, amorcito. Salió de la casa, seguida de

Satok, que parecía sentir deseos de hacer un agujero en el suelo a cada paso que daba. Recorrieron el jardín lleno de palmeras y almendros, y salieron del hotelito. Brigitte notaba a su lado y algo detrás la sólida presencia de Satok, pero no parecía hacerle el menor caso. Llegaron en menos de un minuto al lugar donde había dejado el pequeño Balilla, lo abrió y señaló el interior a Satok; éste entró en el pequeño coche, que pareció ladearse, como un buque escorado. Brigitte se sentó ante el volante, miró de reojo la maciza mole de carne y músculos y sonrió dulcemente.

—¿Estás obligado a ser tan antipático, Satok?

El guardaespaldas la miró, sin pestañear siquiera. Brigitte suspiró, abrió el bolsito y sacó un paquete de cigarrillos y la boquilla. Desenroscó ésta y sacó lo que parecía el filtro, cambiándolo por otro nuevo. Satok miraba sus maquinaciones, vigilante. Pero, en verdad, todo lo que le sobraba en tamaño y músculos le faltaba en inteligencia, y Brigitte, en el fondo, se estaba divirtiendo. No siempre tenía oportunidad de cambiar el estuche de unos dardos por otros. Lo que menos podía imaginar Satok, por otra parte, era que ella le estaba perdonando la vida, al cambiar los dardos venenosos por los somníferos.

Se puso la boquilla en la boca, volvió la cara hacia él y sopló, suavemente, sin alterarse, sin dejar de sonreír.

Satok alzó inmediatamente la mano derecha, dándose un manotazo fantástico en la mejilla, allá donde se había clavado el diminuto dardo somnífero. Sus ojos se abrieron más, fijos peligrosamente en Brigitte… Alzó la mano izquierda y rodeó con toda facilidad el fino cuello de la espía, apretando, mientras la derecha sacaba la navaja y apretaba el resorte. La aguda hoja lanzó destellos dentro del coche… Pero sólo un brevísimo instante, porque el somnífero de que estaba impregnado el dardo era fulminante, incluso para un gigante tan fuerte como Satok. Aflojó la presión de su mano en el cuello de Brigitte y dejó caer la navaja… Se relajó inmediatamente, cayendo hacia la espía, aplastándola con su peso contra la ventanilla. Brigitte tuvo que recurrir a toda su fuerza cara quitarse aquel mastodonte de encima, echándolo hacia el otro lado del asiento.

Puso el motor en marcha después de recoger la radio escondida en el asiento trasero. El coche empezó a rodar, alejándose del

hotelito, mientras Brigitte efectuaba la llamada por el sistema de luz roja.

La respuesta llegó inmediatamente:

—Diga, agente Baby.

—Hola, Cassim… ¿Cómo han ido las cosas?

—Bien. Tenemos a Judeo Cohen y a Sharo. Me encontré con el árabe llamado Ibrahim, y entre los dos apresamos a Cohen y Sharo. Efectivamente, Judeo Cohen estaba dispuesto a disparar contra el hotelito… Y no una bala precisamente, sino una granada explosiva, que habría entrado por la ventana, destrozándola, y posiblemente habría matado a alguien. Luego, ya abierto el boquete, Popitek habría durado muy poco, porque el fusil de Judeo Cohen tiene mira telescópica. Lo habría visto dentro del hotelito y habría disparado otra granada contra él.

—Ese Judeo Cohen parece un poco… bruto, ¿no? —sonrió Baby.

—No sé. Todo depende de los motivos.

—¿Y qué motivos tiene para querer matar a Popitek?

—No ha dicho ni palabra. Temo que tendremos que «convencerlo».

—Entiendo. ¿Dónde están ahora?

—Ibrahim me envió a un yate llamado Oasis. De modo que Sharo, Judeo Cohen y yo estamos aquí, esperando.

—¿No está Ibrahim?

—No.

—¿Dónde está?

—Detrás de usted, supongo, conduciendo el coche de Sharo y Judeo Cohen.

—Oh. —Brigitte se echó a reír—. Está bien, Cassim. Vamos para ahí. Intentaremos convencer a Judeo Cohen de que sea explícito con nosotros. A ver si por fin nos enteramos de algo concreto respecto a este asunto en el que hay tanto movimiento y gente pintoresca.

—¿Pintoresca?

—Me refiero a Tok Popitek. Y a Cohen, Sharo, y a usted mismo…

—Incluso usted es pintoresca. ¿Ha visto a Tok Popitek?

—Sí.

—¿Todo va bien?

—Muy bien, pero estoy desconcertada. Sin embargo, tengo la

impresión de que Tok Popitek es de esas personas que no merecen vivir demasiado tiempo.

—No se precipite. Aún no sabemos quién está haciendo el papel de villano en el asunto, Baby.

—Posiblemente, todos —suspiró Brigitte—. Todos somos un poco villanos cada vez que precisamos serlo, Cassim.

Capítulo VII

Judeo Cohen y Sharo estaban sentados en el largo diván pegado al casco del buque, bajo el ventanal corrido que contorneaba la cabina interior. Los dos alzaron la mirada al oír el taconeo en la escalerilla de madera. Un taconeo que no correspondía al árabe que, ayudado por el gigante, los había detenido cuando se disponían a disparar una de las granadas contra el hotelito donde había sido alojado Tok Popitek.

Y, en efecto, no fue aquel árabe quien apareció en primer lugar en las cabinas, sino una hermosa mujer de ojos azules y cabellos negros, que sonreía con amabilidad.

Tomó una sillita de lona y se sentó delante de los dos que permanecían inmóviles bajo la amenaza de las armas que empuñaban los amigos de «Alexandria».

—¿Le parece bien que conversemos un rato, señor Cohen? —sonrió la espía, hablando en Inglés.

—¿Quién es usted?

—Pues… Digamos que soy una especie de… justiciera del espionaje. Acostumbro meter las narices en todas partes, me entero de las cosas, y todo aquel que hace algo que no es de mi agrado, suele pagarlo un poco caro. Yo misma me he autorizado para castigar… o premiar. ¿Qué le corresponde a usted, señor Cohen? ¿Premio o castigo?

Judeo Cohen estuvo silencioso unos segundos, antes de musitar:

—¿Para quién trabaja usted?

—Comprenda que no pienso decírselo, señor Cohen. Pero sí puedo asegurarle que, si usted tiene razón, deberá contar con mi ayuda… No será el primero a quien favorezco. Desinteresadamente, además.

—Dígame tan sólo si es una agente secreto.

—Lo soy.

—¿De qué país?

—Del mío —rió Brigitte—. Le aseguro que no soy una mercenaria del espionaje. Por otra parte, aunque trabaje para mi país, eso no significa gran cosa.

—No la entiendo…

—Digamos que mi país subvenciona mis actividades de espionaje. Generalmente, no quiero engañarlo, mis decisiones favorecen a mi país. Sin embargo, en varias ocasiones he tomado decisiones propias. Esas ocasiones son siempre muy claras. Ni siquiera a mi país le concedo autoridad por encima de mí para hacer algo que no me gusta. Hago todo lo posible para evitar… fricciones internacionales desagradables. Creo que usted está empezando a entenderme, señor Cohen.

—¿Es usted norteamericana?

—Viajo con pasaporte francés —sonrió Baby—. Y mi nombre, en Alejandría, es Monique.

—Eso no significa nada.

—Por supuesto. Adopte el nombre que adopte, mi conducta y personalidad son siempre las mismas. Lo mismo puedo llamarme Monique, que Margarita, Doris, Katia Ivanovna… ¿Qué más da? Sea sincero conmigo, señor Cohen, y tendrá la ayuda que precise. Se lo garantizo.

Judeo Cohen se permitió una sonrisa. Una levísima sonrisa, que fue del agrado de Brigitte.

—¿Tendré su ayuda aunque no le guste lo que yo tengo que conseguir en mi misión?

—Temo que en esas condiciones no la obtendría.

—Bien… Debo matar a un hombre.

—¿A Tok Popitek?

Hubo una crispación en los labios de Cohen.

—Es posible. Sea quien sea, yo tengo que matar a un hombre. Supongo que eso merece su desaprobación.

—De ninguna manera. Sé muy bien que la decisión de matar es grave e importante. No es agradable. Pero, a veces, es necesario, para evitar… la contaminación. Hay hombres que merecen morir inmediatamente. Otros deberían vivir eternamente. Sólo hay que encontrar a los que pertenecen a cada grupo.

—¿Usted se considera capaz de decidir cuáles deben vivir y

cuáles deben morir?

—Hasta ahora, vengo haciéndolo con bastante éxito. Dígame por qué quiere matar a Tok Popitek. Si sus motivos son… relativamente legítimos, le ayudaré.

—¿Y si no lo son?

—Ya veremos qué pasa entonces. Quizá yo decida que es usted el que debe morir, señor Cohen. Pero presiento que no es así. ¿Quiere explicarme sus motivos, o no?

—No.

Brigitte encendió un cigarrillo, mirando con el ceño fruncido a Judeo Cohen. Tras unos segundos de reflexión, susurró:

—Sospecho, señor Cohen, que su actitud no va a favorecerle. Por otra parte, quiero asegurarle que si está esperando ayuda es mejor que se desengañe de una vez. Esa ayuda no llegará. Me refiero, naturalmente, a sus amigos que están esperando en el desierto, a la… mercancía. No llegarán a Alejandría. —Se volvió hacia el árabe amigo de «Alexandria»—. ¿Sabemos algo de Badul?

—Todavía no. Pero si hay hombres armados esperando cerca de Alejandría, yo le aseguro que no pasarán. Quizás a estas horas estén ya en poder de cualquiera de los grupos de beduinos amigos de Ibrahim.

—Bien. —Volvió a mirar a Judeo—. ¿Se da cuenta, señor Cohen? Yo siempre trabajo sobre seguro. Y por si le sorprende que haya estado tan perfectamente enterada de sus movimientos y parte de sus planes, le diré que tiene usted un micrófono en su cámara del hotel Anfuchi. Se le puse yo misma esta tarde, poco antes de que usted llegase para atender una llamada telefónica de su amigo Sharo —lo señaló—. Aunque hablaron en árabe, mi amigo —señaló a Cassim— me lo tradujo todo fielmente. Luego, me fui, cuando usted dormía la siesta…

—La puerta abierta —musitó Cohen.

—En efecto —sonrió Brigitte—. Debo decirle que es usted bastante ingenuo como espía, señor Cohen. Pero quizá sea muy efectivo como… exterminador. ¿Por qué quiere matar, a Tok Popitek? Dígamelo, y si estoy de acuerdo con usted, yo misma le llevaré ahora mismo…

Se interrumpió, iniciando el giro hacia la entrada a la cabina, ya que, igual que los demás, acababa de oír el ruido allí. Habían estado

todos tan pendientes de ella misma y de Cohen y Sharo, que no habían oído nada hasta entonces… Y entonces, ya era tarde: Elvis Tompkins estaba sentado en uno de los últimos peldaños de madera, apuntando hacia Brigitte con su pistola.

—Querida, no sé si vas a conseguir eso.

Brigitte se mordió los labios. No era la primera vez que tenía un pequeño fallo, pero nunca acababa de comprender que alguna vez podía ser el último. Y quizá, fuese en aquella ocasión. Elvis Tompkins tenía tras de sí a Omar y Ahmed, más arriba en la escalera, cada uno de ellos con un cuchillo en la mano…

La espía miró al amigo de «Alexandría».

—¿No quedaba arriba ninguno de ustedes?

—No… Lo siento. Pero como Ibrahim…

—Está bien, déjelo. Parece que estamos en un mal momento, y no interesa hablar de otra cosa que no sea intentar un… pacto con mi amigo Elvis Tompkins.

—¿Sabes? —Sonreía fríamente Tompkins—. Te he oído algunas palabras en inglés, y lo hablas muy bien, Monique, querida. Me pregunto cómo has podido estar engañándome.

—Quizá sea más lista que tú —sonrió Baby.

—Quizá. Sí, quizá… Aunque no tanto como crees. ¿No te preguntas cómo he podido encontrarte?

—La respuesta es obvia, querido. Tok Popitek y tú os pusisteis de acuerdo para engañarme. El plan era confiarme, dejarme un tiempo con Popitek, y luego, cuando yo marchase de allí, confiada, seguirme, para intentar establecer mis verdaderas intenciones, mis posibles contactos… Deduzco de todo ello que no conseguí engañaros. Pero debisteis pensar que, colocando a Satok a mi lado, quizá yo no me atreviese a buscar a mis amigos.

—Una chica tan lista como tú tenía que conseguirlo. Además, Satok tenía órdenes de hacerse el tonto si era necesario. Debía simular que te vigilaba, pero hacerlo tan mal y con tanta torpeza que tú habrías intentado algo. Y entonces allí estaría yo, dispuesto a enterarme. Y así ha sido. Sales del hotelito, subes con Satok al coche, y te vienes a este yate… Al principio, creí que me traías a una trampa, pero ya comprendo que no es así. Viniste aquí completamente confiada, porque tenías la seguridad de que Satok no podría molestarte de ningún modo… ¿Qué es lo que te propones

exactamente, Monique? ¿Quién eres? ¿Por qué estás interviniendo en esto?

—¿Y qué es esto, querido?

Tompkins achicó los ojos.

—¿No lo sabes?

—Todavía no. ¿Quiénes son estos hombres? —señaló a Sharo y a Cohen—. ¿Tú los conoces?

—No… Pero tú sí.

—Esto es muy gracioso —volvió a sonreír la espía—. ¿Cómo es posible que no sepas quiénes son, querido, y, en cambio, cuatro de tus asesinos asesinaron anoche a dos de sus amigos? Yo estaba allí, en las vías muertas, y lo vi. No pude evitar nada, pero lo vi claramente. Eso quiere decir que cuando anoche hablaste en alemán con Rudolf, yo lo entendí todo perfectamente.

—De modo que hablas francés, inglés, alemán… ¿Y cuántos idiomas más, querida Monique?

—Algunos. ¿Dónde está Rudolf, por cierto?

—Arriba, vigilando. Yo no quisiera ser tan… confiado como tú. Si alguien viene, Rudolf me avisará… o tirará su cadáver escaleras abajo. Simple precaución, compréndelo.

—Lo comprendo, lo comprendo… ¿Cuál es tu nacionalidad, Elvis? Porque, querido, ya no debes insistir en eso de que eres norteamericano. No me engañaste en ningún momento.

—Tú a mí, sí —admitió Tompkins—. Respecto a mi nacionalidad, te bastará saber que los israelitas no me gustan.

Miró fríamente a Judeo Cohen y a Sharo un instante, y pareció qué fuese a disparar contra ellos. Pero Brigitte, como por casualidad, se movió, quedando entre los dos hombres, interponiéndose entre ellos y Elvis Tompkins.

—Elvis —dijo tranquilamente—, cada uno tenemos nuestro juego aquí. Pero, mientras tú y los israelitas tenéis bien definidos vuestros intereses y planes, yo todavía no entiendo lo que ocurre. Sí he comprendido, desde luego, que está relacionado con Tok Popitek, pero… ¿en qué modo? ¿Qué es lo que estáis tramando unos y otros? ¿Cuál de los dos bandos tiene razón?

—Son puntos de vista muy discutibles. Pero no los pienso discutir con vosotros.

—¿No? Entonces ¿qué piensas hacer? No vamos a estar así toda

la noche, sería pesado y aburrido para todos.

—No tanto… Quiero decir que la noche no se hará pesada para algunos. Ni aburrida. Nos vamos a hacer a la mar, querida.

—Entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Quieres deshacerte de nosotros. Y en las actuales circunstancias, ningún sistema mejor que llevarnos mar adentro, matarnos, tirarnos al fondo y regresar.

—Eres más inteligente de lo que pensaba —musitó Tompkins—. En efecto, eso es lo que pienso hacer con todos vosotros. Omar, sube arriba y dile a Rudolf que ya podemos partir. Y quédate con él, vigilando, hasta que hayamos salido del puerto.

Omar dio media vuelta y subió la escalera. Ahmed estaba a la derecha de Tompkins, el cual movía lentamente la pistola de un lado a otro, sin descuidarse un segundo.

—Todos de espaldas a mí, con las manos por encima de la cabeza y apoyadas en ese tabique —ordenó de pronto el falso norteamericano—. Ahmed los va a registrar… mientras yo los apunto con mi pistola. No lo olviden. Hazlo, Ahmed. A ella no. Ya sé que no lleva armas, por lo menos en estos momentos.

—¿Debo ponerme yo también de espaldas a ti? —sonrió Brigitte.

—No es necesario. Prefiero vigilarte de frente…

—¿Puedo fumar?

—No. Permanece ahí sentada, inmóvil. O la primera bala será para ti.

—Está bien.

Cassim Ben Jaifa, Cohen, Sharo y los tres árabes amigos de «Alexandria» estaban ya de espaldas a Tompkins, con las manos en alto y apoyadas en el tabique señalado. Ahmed, cuchillo en mano, empezó a palpar sus cuerpos, ladeándose de modo que en ningún momento se interponía entre los seis hombres y Elvis Tompkins. Iba ya por el tercero de los árabes cuando Tompkins captó la irónica sonrisa en los hermosos ojos azules. Una sonrisa que parecía fruto de un deseo satisfecho, del suceso de algo que la espía había estado esperando. Al mismo tiempo, los pasos sonaban con fuerza en la escalerilla, detrás de Tompkins… Pero era un truco demasiado viejo el que estaba intentando Brigitte, pareció pensar Elvis Tompkins. Claro que… Él había enviado a Omar a vigilar en cubierta mientras

Rudolf ponía en marcha la nave, y… ni la nave se ponía en marcha, ni Omar permanecía en cubierta. ¿Qué estaba ocurriendo…?

Oyó tras él una fuerte respiración brusca, y algo brillante pasó por encima de su cabeza. El sordo choque se produjo en la espalda de Ahmed, cuando la gumía de mango de marfil con rubíes se clavó en el centro de su espalda, empujándolo violentamente contra Cassim Ben Jaifa, al cual le había llegado el turno de ser registrado. Pero Ahmed no podría registrarlo… No podría hacer nunca nada más, porque la gumía lo había matado instantáneamente al clavarse en su corazón tras ser desviada por la columna vertebral.

Pero todo esto fue una visión de apenas una décima de segundo, para Elvis Tompkins, que quiso volverse, con la pistola por delante… Ni siquiera pudo volverse. Una mano enorme apareció por detrás de él, y se clavó en su garganta como si fuese un cepo de acero; otra mano se cerró en su muñeca, cuyos huesos crujieron… La pistola cayó al suelo, y Brigitte saltó hacia ella, la empuñó y se volvió hacia Judeo y Sharo, apuntándolos en silencio, cortando el apenas iniciado movimiento de intento de fuga.

Al mismo tiempo, y como Tompkins intentara resistir aquella presa fortísima, fue aplastado de cara contra el quicio de la puerta que daba acceso a la cabina, desde la cubierta. Y luego, casi desvanecido, oyó tras él la voz profunda, bien timbrada, varonil:

—¿Quieres que lo mate ya, Baby?

Capítulo VIII

—No. Tíralo por ahí, «Alexandria». Tengo que hacerle algunas preguntas. Parece que, puesto que estamos casi todos reunidos, podemos intentar aclarar definitivamente el asunto.

Elvis Tompkins salió lanzado hacia el diván, rebotó en él, intentó ponerse en pie…, y una de aquellas enormes manos tostadas por el sol le golpeó en pleno rostro, sentándolo rudamente. Un millón de silbidos agudísimos sonaban en sus oídos, y todo parecía dar vueltas a su alrededor…

Cuando la visión se aclaró, vio ante él, en pie, al gigantesco árabe de hombros colosales, barba entrecana y unos negrísimos ojos que parecían clavarse en él como puntas de cuchillo.

—Te presento a un buen amigo —oyó la amable voz de Brigitte —. Se ha molestado mucho por tus intenciones hacia mí, Elvis, querido. Su nombre es, simplemente, Ibrahim. ¿Qué has hecho con los de arriba, amor mío?

«Alexandria» sonrió, adelantó la mano derecha y la invirtió, cerrando el puño a excepción del pulgar, que quedó apuntando hacia abajo.

—Muertos —susurró Brigitte—. Dile a Tompkins cómo lo has hecho, mi amor. No es por morbo, no… Es que quiero que él sepa parte de lo que puede ocurrirle si no se muestra… conversador.

—Al alemán tuve que degollarlo —dijo «Alexandria»—. Al que subió después, me bastó con romperle el cuello.

—Ah… Bien, es lamentable que estas cosas tengan que ocurrir, pero a veces son inevitables. ¿Todo lo demás está bien, amor?

—Sí.

—Quisiera hablar contigo en privado. ¿Dónde podemos hacerlo?

«Alexandria» señaló hacia el pasillo que llevaba a los camarotes. Brigitte entregó la pistola a Cassim Ben Jaifa, que, por cierto, no precisaba explicaciones ni órdenes, y fue hada donde había

señalado el gran jeque Ibrahim El Kefer, alias «Alexandria», por nombre auténtico barón Wilhelm von Steinheil.

Éste abrió la puerta de un camarote.

—Es el mío.

Entraron los dos, y Brigitte se sentó en el borde de la litera. «Alexandria» se sentó junto a ella y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Estás bien?

—Siempre llegas a tiempo, mi amor —sonrió ella—. Sabía que no vendrías aquí como un tonto, sino que te habías dado cuenta de que me seguían. Popitek y Tompkins han sido medianamente listos, pero tú no podías fallarme. Apenas ver a Tompkins, comprendí que tú no sólo me habías estado siguiendo a mí, sino a él, y que aparecerías en el momento oportuno… ¿De verdad has matado a los dos hombres de cubierta?

—Tuve que hacerlo. El alemán me oyó subir al yate por un lado de la borda, y estaba sacando la pistola… Le lancé la gumía al cuello, para que no pudiese gritar. Al otro, que quiso utilizar su cuchillo contra mí, le rompí el cuello. Lo lamento. Sé que no te gusta…

—Ellos eran de los que merecían morir. Unos asesinos, Wilhelm. Por tanto, todo está bien.

—Me alegro. ¿Sabes ya lo que está ocurriendo?

—Todavía no. Pero espero conseguir de esos hombres que me pongan al corriente.

—¿Cómo te fue con Popitek? Estuviste allá tanto tiempo que…

—Me fue bien —musitó Brigitte—. En el sentido de que logré conservar la vida.

—Entiendo —palideció «Alexandria».

—No te apenes, querido. Nadie tiene realmente nada mío si yo no quiero darlo. Es un modo muy personal de pensar, quizá, pero así lo veo yo, así lo siento. Y mi vida vale más que cualquier otra cosa… Luego le haremos una visita a Tok Popitek…, que, por cierto, debe de estar esperando noticias de Elvis Tompkins.

—Me gustaría enfrentarme a ese Popitek, y…

—Luego, Ahora, quizá te baste ver una fotografía suya. Es un hombre… repulsivo, de veras. —Brigitte abrió su bolsito y sacó la pequeña cámara de microfotos camuflada en el encendedor, explicando—: Es una cámara especial, último modelo de la CIA para

sus agentes. La película queda revelada en cuanto la despegamos del papel con emulsión especial. Una especie de Polaroid sólo que muchísimo más perfecta, y, desde luego, adecuada para la toma de microfotos. De modo que si despegamos parte de la tira del microfilme, el resto de éste puede ser utilizado… Basta con colocarlo de nuevo en la cámara… Así… Y ahora, para ver las microfotos obtenidas hasta el momento, basta retirar el papel de la emulsión especial…

Retiró el delgadísimo papel especial pegado al microfilme, y, en efecto, las fotografías quedaron ya reveladas en la pequeñísima tira. Pero tan absolutamente pequeñas que el ojo humano no podía descifrarlas. Lo cual, naturalmente, estaba previsto. Tras desenroscar el fondo de su pintalabios, Brigitte obtuvo una lente, con la cual estuvo examinando las fotografías. Luego, las entregó a «Alexandria», el que fue el mejor espía alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

—Las únicas que merecen tu interés son las tres ultimas. Las demás corresponden a personajes que ya conoces: Judeo Cohen, Sharo, Elvis Tompkins, Ahmed, Omar… Incluso tus amigos. Las tres últimas corresponden a Tok Popitek. Observa su rostro y dime qué opinas de él. Luego iremos a convencer a Cohen y a Tompkins de que tienen que explicarnos todo el asunto. Y, finalmente, le haremos una visita a Popitek… ¿Qué te ocurre?

Mientras ella hablaba, «Alexandria» había estado observando las fotografías con la pequeña lente. Y de pronto había palidecido, y su cuerpo se estremeció violentamente.

Alzó la mirada en dirección a Brigitte, se mordió los labios y volvió a mirar atentamente las tres fotografías de Tok Popitek.

—Wilhelm, ¿qué…?

—Fritz Schowel —susurró Von Steinheil—. Este hombre es Fritz Schowel, Brigitte.

—¿Fritz Schowel? ¿No es Tok Popitek? Bueno, ya sé que Tok Popitek no puede ser su nombre verdadero, y…

—Fritz Schowel —pareció rechinar la voz de «Alexandria»—. El más pérfido coronel de la Gestapo durante la Segunda Guerra.

—¿Estás seguro? —exclamó Brigitte.

—Segurísimo. Tuve ocasión de conocerlo… Si en lugar de separarme de ti para reunirme con Cassim me hubiese quedado a tu

lado y hubiese visto, por tanto, a Fritz Schowel, las cosas estarían sucediendo ahora de diferente manera.

—¿Qué habría ocurrido? —musitó la espía.

—El coronel Schowel ya estaría muerto.

—Espera… Espera, Wilhelm… Popitek…, o Schowel, como quieras, es alemán. Tú también eres alemán. Por tanto, estuvisteis en el mismo bando…

—¡No! ¡Y no vuelvas a decir eso, Brigitte! ¡Yo no estuve en el bando de este asesino!

—Wilhelm…

—Escucha… Escucha, Brigitte. Yo estuve en el bando alemán… Era alemán, sigo siéndolo, lo seré siempre. Yo era un comandante, que intervenía en la guerra a favor de su patria. A mi manera, igual que otros a la suya, yo ayudé en lo que pude a Alemania. Fui espía, adscrito a la Abwher, y jamás me avergonzaré de ello. Tampoco me avergonzaré de los miles de soldados alemanes que cayeron en África y en Europa… Era la guerra, y si ellos mataban, también caían muertos…

—Wilhelm, yo entiendo esto, querido.

—Pues si lo entiendes, no vuelvas a decir jamás que yo estuve en el mismo bando que un Jefe de la Gestapo. La Gestapo no era la Abwher, ni la Wermacht… Y, mucho menos, no era Alemania. No era nada…, excepto una banda de… de…

—Cálmate, querido. Siento haber dicho eso… ¿Qué pasó con ese coronel Schowel?

—Miles de cosas. Era uno de los asesinos más implacables y crueles de la Gestapo. Uno de esos hombres que en el juicio de Nuremberg habría sido condenado a muerte en menos de cinco segundos. Pero él no estuvo en el juicio… Se dijo que había muerto.

—Bien… Parece que no es así, Wilhelm.

—No… No es así.

—¿Era Fritz Schowel uno de los alemanes empeñados en no dejar un solo judío sobre la Tierra?

—Eso, entre otras cosas.

—Bien… —susurró Brigitte—. Eso explica la intervención de Judeo Cohen. Han localizado a Tok Popitek, y quieren matarlo…

—No les culpo por ello. Si yo fuera judío, haría pedazos a Schowel. Es uno de esos hombres que obliga a algunos alemanes a

bajar la cabeza, avergonzados. Yo mismo, cuando me pasaron a la Abwher al comprender mis grandes aptitudes de espía, estuve tentado de llegarme de incógnito a Alemania para matar a Fritz Schowel.

—Cálmate. Todo podrá arreglarse ahora, de un modo u otro… Tenemos que Popitek es un coronel alemán de la Gestapo, llamado Fritz Schowel. Tenemos a Judeo Cohen, israelita, que no hace mucho ha admitido ante mí que quiere matar a Popitek. Eso quiere decir que saben que es Fritz Showel, uno de los hombres que hace veintitantos años se ensañaron con su raza. Es un criminal de guerra. Y, como sea, lo han localizado al cabo de este tiempo… Pero nos queda Elvis Tompkins. Él no es norteamericano, ni israelita, ni alemán… En cambio, está en tratos con Tok Popitek. ¿Por qué? ¿Qué es lo que están tramando?

—Interviniendo Fritz Schowel, o Tok Popitek, te aseguro que no será nada bueno. Imagínate la peor canallada y quedarás corta.

Brigitte asintió con la cabeza. Al parecer, tenía ya el bando de los villanos bien definido: Tok Popitek y Elvis Tompkins.

Se puso en pie, guardándolo todo en el bolsito.

—Volvamos con los demás, Wilhelm. Elvis Tompkins va a tener que decirnos lo que sepa de todo este asunto.

Salieron del camarote, recorrieron el corto trecho de pasillo y aparecieron en la cámara de estar. Los dos se quedaron mirando fijamente a Tompkins.

—Elvis —musitó Brigitte—, tenemos poco tiempo que perder, y por tanto las preguntas serán pocas y concretas. Rudolf y Omar están muertos, arriba; Ahmed está muerto aquí. Los otros dos asesinos no podrán encontrarnos, ni nosotros a ellos. De todo esto, se desprende que estás solo. Rudolf era alemán; Ahmed y Omar, egipcios o árabes… No nos importa. Queremos saber cuál es tu nacionalidad.

—¿Por qué?

—Porque nos gustaría saber qué país te ha enviado para establecer tratos con Fritz Schowel. Judeo Cohen y Sharo se tensaron. Tompkins palideció y se quedó mirando desorbitadamente a Brigitte.

—No sé… de qué estás hablando…

—Lo sabes.

—No sé nada… No diré nada, por mucho que…

—Estás perdiendo el tiempo —cortó secamente Brigitte—. Vamos a ir ahora mismo a por Tok Popitek. Él sí nos dirá a qué país perteneces y cuáles son vuestros tratos, vuestro convenio…

—Yo puedo adelantarle algo sobre eso —dijo de pronto Cohen.

—¿Sí? Magnífico, señor Cohen. Celebro qué esté dispuesto a colaborar.

—No crea que podré hacerlo tanto como quisiera. Ignoro la nacionalidad de este hombre, pero sí sé una cosa: hace veinte años que los israelitas estamos buscando a Fritz Schowel, y hasta ahora ha permanecido tan bien escondido que jamás tuvimos la menor noticia de él. De pronto, en Roma, aparece bajo el nombre de Tok Popitek. Dos de nuestros hombres destinados en Italia pasan el informe, todavía incrédulos. Sé ordena la… «ejecución» inmediata de Fritz Schowel, pero, cuando están dispuestos a matarlo en la misma Roma, uno de los encargados de ejecutarlo se da cuenta de que Fritz Schowel está realizando algún convenio con personas desconocidas. Se entrevistan en tres ocasiones y, de pronto, esas personas desaparecen, dejan de visitar a Sohowel. Ya no se las vuelve a ver más. Desconcertados, seguimos vigilando a Schowel, hasta enterarnos de que piensa venir a Alejandría. Uno de mis compañeros, al cual llamaremos Alí Yusef, se le adelanta, para darnos la noticia… Pero, según parece, las cosas han dado la vuelta, y son mis hombres los que están siendo vigilados por los desconocidos que estuvieron en tratos con Popitek. Es de suponer que se habían dado cuenta, consiguieron burlar la vigilancia de mis compañeros e invertir las tornas. Esos mismos hombres han de ser, forzosamente, compatriotas del que usted está llamando Elvis. Y le avisan de que Alí Yusef sale para Alejandría, desde Roma, después de haber estado vigilando a Tok Popitek. Como Elvis pretende que Tok Popitek no se alarme, se limita a matar a Alí Yusef cuando llega de Roma y es recibido por otro compañero mío, Abdel, que también es asesinado a cuchilladas. De este modo, Elvis considera que el peligro ha pasado, y que Tok Popitek ya puede venir a Alejandría…

Brigitte cortó el relato con un gesto.

—Entiendo, señor Cohen. Lo que no sabía Elvis Tompkins es que, además de Abdel, había otros hombres aquí, y algunos en el desierto, esperando la orden de entrada en Alejandría, por si fuese

necesario recurrir al máximo esfuerzo para matar a Tok Popitek. O bien piensa que, una vez muerto Alí Yusef, los hombres que queden en Alejandría no sabrán nada respecto a la llegada de Tok Popitek. Sin embargo, usted y sus hombres vigilan el puerto y el aeropuerto. Ven llegar a Tok Popitek, le siguen, conocen dónde se aloja… y deciden matarlo.

—Y sus amigos nos lo impiden —gruñó Judeo Cohen.

—No hay que precipitarse…

—En eso se equivoca, Monique.

—¿Por qué?

—Le diré cuál fue y será la diversión favorita de Fritz Schowel mientras esté vivo: matar judíos.

—¿Y…?

—Y sabemos que sólo una cosa ha podido sacar a Fritz Schowel del perfecto escondrijo en el que ha permanecido durante más de veinte años: perjudicar a los judíos. O sea, hoy día, a Israel. No sabemos muy bien lo que está tramando, pero, sea lo que sea, quiero matarlo antes de que siga adelante, porque tengo el convencimiento de que sólo para perjudicar a Israel ha vuelto a la luz el asesino Schowel.

Brigitte asintió con la cabeza y miró de nuevo a Tompkins.

—Bien, Elvis… Parece que las cosas se están aclarando. ¿Cuál es tu país, y que pretendéis con esa alianza con Fritz Schowel? No seas obcecado: si tú no nos lo dices, lo hará Tok Popitek, el propio Fritz Schowel.

—¿Cómo podría deciros lo que ignora?

—¿Lo ignora? ¿Ignora con quién está tratando?

—Él cree que mis amigos de Roma y yo somos sirios.

—¿Y no lo sois?

Elvis Tomokins se echó a reír burlonamente.

«Alexandria» dio un paso hacia él, pero Brigitte lo contuvo con un gesto.

—Elvis, no eres norteamericano, ni sirio, ni egipcio, ni ruso… Ni judío, por supuesto. Tampoco pareces árabe, con esos ojos azules… No creo que seas turco, ni libanés, ni…

Brigitte lanzó una exclamación, y Elvis Tompkins se echó a reír con más fuerza. Pero, de pronto, su rostro se crispó, y en un lado de la boca apareció una ligera espuma de color amarillo claro, tirando

a verdoso…

—¡Se ha envenenado! —gritó Brigitte.

Tompkins continuaba riendo, pero ahora de un modo espasmódico, agudo. Se estremecía violentamente. De pronto, se deslizó hacia el suelo, dejando de reír… Parecía a punto de llegar cuando todo su cuerpo se tensó, se estremeció de nuevo. Dio un extraño salto, cayó de bruces y quedó inmóvil.

Cassim se inclinó inmediatamente sobre él y le tomó el pulso… Alzó la cabeza y la movió negativamente, mirando a Brigitte.

—Lo siento —susurró—. No vi cuándo tomaba la píldora, o lo que fuese… Lo lamento, Baby.

—Está bien —suspiró Brigitte—. No vale la pena lamentarse de lo que no tiene remedio. Nos quedaremos sin saber quiénes sacaron a Tok Popitek de su escondrijo para convencerlo de que hiciese algo malo con respecto a Israel… Pero, al menos, sabremos pronto lo que pretendían, lo que intentaban. Iremos a buscar a Tok Popitek.

—¿Podemos ir con usted? —murmuró Judeo.

—No. Se quedarán aquí, vigilados por mis amigos. Por el momento, señor Cohen, estoy de parte de ustedes. Pero quiero hacer las cosas a mi manera, de modo que se quedarán aquí. Vamos, Ibrahim. Espero que lleguemos a tiempo de evitar que también Popitek se haga la justicia por sí mismo, como Elvis Tompkins.

Capítulo IX

—Mira a ver quién es —dijo Tok Popitek.

Riko fue a la puerta y la abrió. Se quedó mirando impávido a la hermosa muchacha que ya conocía. Luego se volvió hacia su jefe, con las cejas alzadas, sorprendido, según parecía.

—No me anuncies, Riko —dijo Brigitte, en alemán—. El señor… Oh, perdón, he querido decir el coronel Popitek y yo, tenemos que hablar cosas en privado.

Popitek se alzó del sillón, evidentemente sorprendido ante la desenvoltura de la hermosa mujer de ojos azules, la cual entró, sin dejar de sonreír. Y como quiera que quedaba medio oculta por el corpachón de Riko, le puso un dedito en el pecho y empujó.

—La fe mueve montañas —dijo alegremente—. Muévete, montaña.

Riko se limitó a volver la cabeza, siempre hacia su amo. Tok Popitek alzó la cabeza, levemente, y la mole se apartó. Entonces quedaron los dos frente a frente.

—¿Y Satok? —preguntó Popitek.

—Está durmiendo en mi coche.

—¿Durmiendo…?

—Es como un niño —sonrió dulcemente la espía—. Tan grande, tan fuerte, tan lleno de vitalidad. Pero precisamente los más fuertes son los que más necesitan dormir, querido coronel… ¿No lo cree así?

—¿Y Tompkins?

—Pues… Digamos que también está durmiendo, coronel. Sólo que mucho me temo, su sueño va a ser mucho más prolongado. Muchísimo más… El veneno es cosa muy mala…, incluso para los espías.

—No… no entiendo…

—Veneno. Todavía no puedo decirle de qué clase. Pero

veneno… Elvis cometió la estupidez de ingerir una pastilla, o una dosis, que resultó definitivamente mortal. Ha pasado muchas otras veces. Un espía se sabe descubierto, comprende que todo está perdido, y entonces, en lugar de entregarse y explicar la verdad de todo, se suicida. Es un procedimiento bastante… antiguo. Mmm… Anticuado, más bien. Hoy día cualquier espía que se precie no se suicida, porque siempre está seguro de encontrar una solución a sus… problemas. ¿Tiene usted alguna solución a sus problemas, coronel? ¿O tendrá que tomar también alguna píldora venenosa?

—¿De qué está hablando?

—Pues… Bueno, yo creo que si menciono cierto nombre llegaremos a la conclusión de que huelgan las demás explicaciones.

—¿Qué nombre es ése?

—Fritz Schowel.

El diminuto y repugnante coronel Tok Popitek palideció intensamente. Se quedó mirando a Brigitte con ojos desorbitados durante unos segundos. De pronto, la señaló, tembloroso el dedo.

—Mátala, Riko —ordenó.

—Un momento —continuó sonriendo Brigitte—. Me he dejado en el coche los dardos somníferos, coronel. De modo que si Riko insiste en atacarme, lo va a pasar mucho peor que Satok. Éste se halla durmiendo apaciblemente; pero si Riko me ataca, lo sentiré por él.

—No sea ilusa. Riko la va a matar en un segundo.

—Coronel, todos los buenos espías tenemos grandes recursos para todo. Por ejemplo, usted ni siquiera va armado. Se siente tan seguro en compañía de Riko y Satok, que ha llegado a despreciar las armas vulgares… En cierto modo, lo mismo me ocurre a mí. Pero, comprenda, el olvido de ciertas armas no significa que yo viva desprevenida… Tengo un arma muy poderosa contra Riko. Si da un paso más hacia mí, quedará hecho pedazos. Y como estoy hablando en alemán, supongo que Riko ha comprendido muy bien mis palabras.

—Usted también está desarmada —sonrió desagradablemente Top Popitek—. Riko la hará pedazos a usted. Mátala, Riko.

—Coronel, usted va a obligarme a ser… violenta.

—¿Usted? ¿Contra Riko? —rió Popitek.

—Dígale a su asquerosa montaña de carne y músculos que se

retire, a un rincón. Sólo quiero hablar con usted.

—¡Te he dicho que la mates, Riko! —gritó Popitek—. ¡Ella sabe ya más de la cuenta, y Tompkins está muerto, o prisionero! Sólo tenemos que matarla y escapar de aquí… ¿Qué estás esperando?

Riko dio otro paso. Entonces, Brigitte abrió la puerta del hotelito, y un árabe gigantesco, de barba entrecana, quedó visible en el umbral. Era ocho pulgadas más alto que Riko, muchísimo más estrecho de cintura y más ancho de hombros. En cambio, no parecía una montaña. Sus ojos negros calibraron de un solo vistazo al enemigo que tenía ante él. Tan bien calibrado, que en la tostada mano apareció una gumía con puño de marfil y con incrustaciones de rubíes.

—Voy a presentarle a un personaje del cual estoy segura que ha oído hablar, coronel. Su nombre de guerra fue «Alexandria».

—¡No! —gritó Popitek.

—Es él, se lo aseguro. Y… según entiendo, no le resulta del todo desconocido.

—No, no… Él no es «Alexandria»…

—Su memoria es buena, coronel. Pero su vista quizá no tanto… El hombre que puede matar a Riko en menos de dos segundos es el espía más famoso de todos los alemanes que trabajaron hace veintitantos años en Europa y África. Tan famoso, que incluso usted tiene sólidos recuerdos de sus actuaciones. Ahora, «Alexandria» está camino de los cincuenta años. Pero, querido coronel…, ¡lo que es la naturaleza humana! A la edad en que muchos hombres inician su declive físico, «Alexandria» está en su mejor momento. No hace mucho, ha degollado a un hombre llamado Rudolf y le ha roto el cuello a otro… ¿O ha sido la espalda, querido?

—¡Mata! —gritó Popitek.

Riko se lanzó como un peñasco contra Wilhelm von Steinheil, que lo recibió a pie firme, sin inmutarse. La enorme cabeza del fornido guardaespaldas pareció a punto de golpear a «Alexandria» en el pecho, pero el ex comandante alemán se apartó, golpeó a Riko en la nuca con una mano y lo tiró de cara contra la pared, haciendo temblar toda la casa. Riko quedó en pie, pero indeciso, casi aturdido, gruñendo…

Wilhelm von Steinheil alzó la mano que sostenía la preciosa gumía y la lanzó, de pronto. Pero no hacia el corpachón de Riko,

sino hacia uno de los sillones, donde quedó clavada.

—No ha sido un fallo, Riko —sonrió, mostrando sus blanquísimos dientes—. Ven, vamos a pelear.

Riko se lanzó contra él como un obús, ciego de rabia y de ganas de matar. Estaba convencido de que su ataque en tromba se llevaría por delante todo lo que encontrase. Sin embargo, aquella vez no fue así. Una mano grande, fuerte como una grúa, apareció ante su rostro, se clavó allí, detuvo su marcha, lo frenó. La otra mano del gigantesco «Alexandria» se alzó sobre la enorme cabeza de Riko y cayó, cerrada, sobre el cráneo. Fue como el golpetazo de un émbolo a presión. Riko cayó de rodillas, pesadamente, todavía resistiéndose. Estaba sacudiendo la cabeza cuando un pie le dio de lleno en la boca, reventándole los labios y la nariz, que estallaron en sendos surtidores de sangre. Otro puntapié, ahora en el centro del estómago, lo derribó al suelo; otro puntapié, en los riñones, lo dejó encogido, pero sin emitir un solo gemido de dolor o desfallecimiento, dispuesto a incorporarse inmediatamente. Lo hizo, si bien quedó tambaleante, ya casi vencido…

—¿Se da cuenta, Popitek? —dijo amablemente Brigitte—. Soy superior a usted incluso en la elección de mis guardaespaldas. Dígale a Riko que se retire a un rincón. De otro modo, le pediré a «Alexandria» que lo mate.

Riko pareció hacer de aquello una cuestión personal. Se tiró como un loco ciego contra Wilhelm von Steinheil. Y recibió en plena garganta un puñetazo que lo dejó lívido, frenado en seco.

—Estoy hablando en serio —insistió machaconamente Brigitte—. No tenemos interés en matar, Popitek.

Tok Popitek no salía de su asombro; era tanto, que superaba incluso a su miedo. De ninguna manera hubiese podido creer jamás que otro hombre pudiese hacer frente a Riko. Y, además, con pleno éxito, según se estaba demostrando. Esto parecía ser también una obsesión para Riko, que nuevamente se lanzó al ataque. Derribar aquella montaña de músculos no iba a ser en absoluto fácil. Su resistencia a los golpes era tal que en verdad parecía de roca, o de hierro. Una vez más se lanzó contra «Alexandria», al mismo tiempo que se abría otra vez la puerta y Satok aparecía en el umbral, empequeñecidos los ojos por el somnífero, tambaleante, como a punto de hacer agujeros en el suelo con sus pesados pies.

—¡Al hombre, Satok! —exclamó Popitek—. ¡Matadlo!

Quizá debió haber prestado mucha más atención a la mujer. Brigitte saltó hacia el sillón donde se había clavado la gumía, la sacó y se volvió hacia la puerta, desde la cual Satok iniciaba los primeros pasos hacia «Alexandria», que había recibido la embestida de Riko con un codazo en pleno pecho.

A seguido, «Alexandria» se colocó detrás de Riko y pasó su brazo derecho por la garganta, de modo que su mano asió la dura y cuadrada barbilla. Pero, al mismo tiempo, Satok caía sobre su espalda, y las regordetas manos se clavaban en los hombros del veterano espía alemán. Estuvo a punto de hincar los dedos allí, en una presa que habría roto los músculos de «Alexandria» como si fuesen de papel…

Pero se oyó un silbido, y la gumía voló hacia la enorme espalda de Satok. Se hundió allí como si fuese un montón de manteca, y el colosal guardaespaldas quedó inmóvil, momento que aprovechó «Alexandria» para girar sobre sus talones y quedar de cara a Brigitte, siempre sujetando a Riko por la barbilla y la garganta. Brigitte bajó la mano que había empleado para lanzar la gumía y asintió sombríamente con la cabeza.

—Hazlo, querido; no hay más remedio.

Todavía estaba Satok tambaleándose, intentando arrancar la gumía lanzada por Brigitte de su espalda, cuando Wilhelm von Steinheil movió su mano derecha hacia un lado, enérgicamente. Se oyó un crujido, los ojos de Riko se pusieron en blanco y, al instante, toda su enorme masa se relajó. «Alexandria» lo soltó, y el guardaespaldas cayó al suelo, muerto, roto el cuello. Luego, el gigante se irguió, y sus negros ojos, tan semejantes a los de un auténtico beduino del desierto, quedaron fijos en Tok Popitek.

—¿Le hago lo mismo? —musitó.

—No, no… Estoy segura de que el coronel Schowel está recapacitando muy seriamente respecto a la clase de enemigos que tiene delante… ¿No es cierto, coronel? Tok Popitek se dejó caer en un sillón, incapaz de soportar el temblor de sus piernas. Jamás hubiese creído que sus dos indestructibles guardaespaldas hubiesen podido ser vencidos tan rápidamente. Brigitte le dirigió una irónica mirada, fue hacia el armarito del rincón, llenó un vaso de vodka y se lo llevó.

—Beba, coronel. En estos momentos lo necesita más que nunca… «Alexandria», ¿crees que podrías llevarlo al desierto, romperle los brazos y las piernas y dejarlo allí?

—Dame cinco horas para llevarlo en una avioneta al centro del desierto. Y un segundo para romperle las piernas y los brazos.

El vodka saltó del vaso y de la boca de Tok Popitek, manchándolo asquerosamente. Se quedó mirando a «Alexandria»…

—Usted… usted es alemán… Usted es «Alexandria», nuestro mejor espía en África hace veinte años…

—Así es.

—Pe-pero nosotros… nosotros somos compatriotas… Usted no…

Wilhelm von Steinheil se acercó a él, le tiró el vaso a un rincón de un manotazo, lo cogió por el cuello y lo alzó como si pesase menos que un cigarrillo.

—Diga otra vez que usted tiene algo que ver con mi Alemania, Schowel… Dígalo, y le aseguro que su muerte durará cien años… Yo me encargaré de…

—Por favor, querido —musitó Brigitte—, no estamos aquí en plan de venganza, sino para evitar el último… crimen inventado por Fritz Schowel… Yo espero que él nos lo explique. De no ser así, puedes quedarte con él y hacer lo que prefieras.

—Muy bien, Schowel —musitó «Alexandria»—. ¿Cuál es su respuesta?

—Me parece que si no lo dejas sentado y tranquilo, no tendrá aliento ni siquiera para responder.

«Alexandria» lo soltó, y Popitek cayó sobre el sillón, rebotó y cayó al suelo. Brigitte se acuclilló inmediatamente a su lado.

—Créame, coronel. No ha podido usted caer en peores manos… Si yo no lo impido, lo hará pedazos muy pequeños. «Alexandria», efectivamente, es alemán, usted ya sabe… Uno de esos alemanes que se avergüenzan cuando se nombra al coronel Fritz Schowel y la Gestapo… ¿Me permite que le haga algunas preguntas? Primera: ¿de qué nacionalidad era Elvis Tompkins?

—Sirio… ¡Sirio!

—Le engañaron, coronel. ¿Cuál fue su trato con él?

—Tenía… tenía que conseguirle un plan de invasión fulminante de Israel. Un… plan militar…

—Entiendo. ¿Lo creó usted, Popitek? ¿Creó ese plan?

—Sí.

—Lo quiero. Ahora.

—No… no lo tengo aquí…

Brigitte sonrió fríamente. Pareció a punto de decir algo al propio Tok Popitek, pero optó por volverse hacia «Alexandria».

—Dale un buen golpe, querido. Luego, desnúdalo.

Wilhelm von Steinheil se acercó a Popitek, que se encogió. Empezó a chillar, pero una de las duras manos del ex espía alemán cayó sobre su cabeza, como un enorme martillo…

* * *

Cuando abrió los ojos estaba desnudo, tirado en el suelo. Sobre el sillón se veían sus ropas y un zapato. El otro zapato estaba en las manos de Brigitte, quien, sentada en el sillón gemelo, sonreía dulcemente. Cuando supo que Popitek la miraba, arrancó el tacón de aquel zapato; luego lo partió por la mitad y sacó unos pliegos de papel finísimo, de color amarillo.

—Por completo absurdo que usted viniese a Alejandría sin esos planes de invasión, coronel. Y aquí los tenemos, en uno de sus tacones… Sinceramente, ¿no cree que su técnica está un poco… anticuada? Vea lo que hacemos los espías modernos. He estado esperando que recobrase el conocimiento para hacerlo todo delante de usted…

Brigitte extendió los finos papeles amarillos sobre el suelo, entre sus pies, alisándolos concienzudamente. Luego, sacó su máquina de obtención inmediata de microfotos y empezó a tomar las correspondientes a aquellos papeles, al plan de invasión fulminante de Israel por medio de una potencia que siempre quedaría en el incógnito. Cuando terminó, guardó la máquina, dobló cuidadosamente los papeles y los metió en su seno.

—Usted, coronel, se está preguntando, sin duda, por qué he tomado fotografías de unos planes que están en mi poder. Y yo, que suelo ser amable, se lo voy a decir. Estas microfotos van a pasar a los archivos de mi servicio secreto. Los originales irán a parar a manos del Gobierno de Israel; es decir, que ese plan tan ingenioso creado por usted va a quedar completamente anulado para el futuro. Y también para el futuro no existirá un hombre igual que

usted.

—¿Van a… a matarme…?

—No —sonrió duramente, gélidamente, la espía internacional—. Le aseguro que no pienso matarlo, coronel.

* * *

—¿Puedo hacer lo que quiera con él? —musitó Judeo Cohen.

—Más o menos —sonrió Brigitte—. ¿Qué le gustaría hacer, señor Cohen?

—Matarlo.

Brigitte asintió con la cabeza. Estaba sentada en el diván del yate Oasis, con una copa de champán en la mano. A su lado estaba el gigantesco «Alexandria», silencioso, hosco, mirando duramente al falso coronel Tok Popitek.

—No está mal, señor Cohen. Realmente, Fritz Schowel merece la muerte. La merece desde hace veintitantos años. Todo este tiempo que ha vivido ha sido… como un regalo. ¿Por qué no permitirle vivir, como un bondadoso regalo, unas cuantas semanas más?

—¿Más? —musitó Cohen—. ¿Por qué?

—Si yo fuese usted, me aseguraría de que Tok Popitek no seguiría perjudicando a los judíos. Es un pobre loco.

—¡No está loco! ¡En todo momento ha sabido perfectamente lo que estaba haciendo!

—Es cierto… Bien, ¿qué diría usted si yo le hubiese matado a usted cuando mis amigos lo capturaron? Suponga que yo hubiera llegado al yate, lo hubiese visto a usted, y lo hubiese matado… ¿Qué opinaría de mí, señor Cohen?

—No sé… Creo que usted tendría que haberme escuchado antes.

—Exactamente. Usted, en resumidas cuentas, está indicándome que yo debería haberlo sometido a una especie de juicio… ¿No?

—Bueno… Sí… Creo que sí.

—Juzguen a Fritz Schowel. Lléveselo a Israel y júzguenlo.

—¡No!

—¿Por qué no? ¿Acaso teme que pueda ser declarado inocente?

—¡No! ¡Sería declarado culpable en un juicio de dos o tres días como máximo!

—Entonces, júzguenlo. Llévelo allá, júzguenlo, demuestren al

mundo que Israel respeta las leyes… Las suyas y las ajenas. Un país no puede ser respetado si no respeta las leyes de los demás, y, sobre todo, sus propias leyes. Matar es terriblemente fácil, señor Cohen… Matar y decir que esa muerte estaba justificada, ya no es tan fácil… Pero es mucho más honroso. Un país que quiera ser honrado y respetado, debe honrar y respetar las leyes ajenas y las suyas propias. Lo contrario no corresponde a un país admirable, sino… a una banda de asesinos, de exterminadores. Quien quiera respeto, ha de respetar. No importa lo que cueste, tiene que respetar a todo y a todos. Tok Popitek merece la muerte por lo de ahora y por lo de antes… Mátenlo. Pero conforme a las leyes establecidas.

Judeo Cohen estuvo casi un minuto mirando a Brigitte, en silencio. Por fin, asintió con la cabeza y señaló hacia la salida de las cabinas.

—Nos lo llevamos a Jerusalén —musitó.

La espía internacional alzó su copa de champán.

—Buen viaje, Judeo. Cuando me dijeron que usted era… o parecía capaz de sonreír, supe que tenía toda la razón. Pude haberme equivocado, es cierto, pero… celebro que no haya sido así.

Sharo y Judeo se dirigieron a la salida de las cabinas. Estaban en alta mar, y dentro de muy poco un barco israelita pasaría por allí, tras recibir una llamada por radio del propio Judeo Cohen, el cual se volvió, antes de subir a cubierta. De nuevo se quedó mirando a Brigitte.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Por qué no, Judeo? Ya le di mi dirección antes: CIA, Washington, USA… A nombre de Baby. Todo lo que envíe allí, llegará a mis manos con toda rapidez. Y no vacile nunca en solicitar mi ayuda… si es por una causa justa.

—La CIA no siempre es justa…

—Yo, sí. Adiós, Judeo.

Cohen subió a cubierta, con Sharo, llevando entre ambos al maniatado Tok Popitek. Antes de media hora, los tres hombres serían recogidos del yate Oasis por una embarcación israelita…

Brigitte se quedó mirando su copa de champán, pero, de pronto, miró a Wilhelm von Steinheil.

—No pareces muy satisfecho —comentó.

—No lo estoy.

—Deja que las aguas de los ríos sigan sus cauces —filosofó la espía—. Es siempre el mejor modo de no contrariar a la Naturaleza.

«Alexandria» encogió los hombros.

—¿Qué harás ahora?

—Pues… Me temo que en L'Etoile se van a quedar esperando eternamente a la bailarina de París llamada Monique Lafrance. Me gustaría que alguien fuese tan amable de llevarme en su yate hasta un lugar donde Brigitte Montfort, periodista norteamericana, pudiese tomar un avión con destino en Washington o Nueva York…

—Quizá tardemos dos o tres días en llegar a un lugar que reúna esas condiciones —susurró «Alexandria».

Brigitte alzó su copa de champán, la miró al trasluz y luego volvió sus magníficos ojos azules, llenos de promesas, hacia Wilhelm von Steinheil.

—Magnífico —susurró cálidamente—. Creo que pocas veces he recibido una noticia tan hermosa como ésta, «Alexandria».

Este es el final

Miky Grogan alzó los desorbitados ojos hacia Brigitte, que estaba sentada en un sillón dE su despacho, fumando y contemplando maravillada sus hermosas piernas.

—Imposible… —susurró Grogan—. Imposible, Brigitte. ¡No puedo publicar esto!

—¿Por qué?

—Porque… porque… ¡Porque no puedo! La noticia de la detención del criminal de guerra Fritz Schowel ha circulado por todo el mundo desde hace cuatro semanas… Pero nadie sabe todavía el resultado del juicio. Y usted acaba de traerme el último artículo de la serie titulada «El coronel Popitek». Según este artículo, Popitek, o sea, Fritz Schowel, ha sido condenado a muerte…

—¿Y qué tiene eso de extraordinario?

—¡Que todavía nadie sabe el resultado del juicio! ¡El resultado se sabrá dentro de dos días, quizá tres…!

Brigitte apagó el cigarrillo en el cenicero, se puso en pie y se acomodó elegantemente su estola de armiño sobre los hombros.

—Jefe, le he traído una noticia exclusiva para el Morning News, para que la publique con mi seudónimo para casos de esta especialidad. Si lo hace, es evidente que la tirada del periódico se quintuplicará durante varios días. Si no lo hace, allá usted.

—¡Pero es que nadie sabe aún cuál será el resultado del juicio israelita contra Fritz Schowel! ¡No puedo publicar esto! ¡Usted dice que ha sido condenado a muerte, y nadie sabe eso…! ¡Si yo publicase esto, y luego no fuese cierto, sería la ruina del Morning News!

—Miky —sonrió la divina espía—, cuando Brigitte Montfort dice que va a llover, lo mejor que puede usted hacer es salir a la calle en coche…, o, por lo menos, con paraguas. Buenas tardes. Y recuerde

que no tendrá que reprocharme nada si no publica este último artículo sobre el caso del coronel Popitek. Ciao, amore…

Abandonó la oficina de Miky Grogan, siempre moviéndose como una diosa caminando sobre nubes. Grogan estuvo unos segundos indeciso… Por fin, soltó un resoplido y pulsó uno de los botones de su intercomunicador.

—¡Stevens! —llamó—. ¡Ven acá enseguida! Stevens apareció apenas tres segundos después.

—Diga, señor Grogan.

—Quiero que lleves esto a las máquinas inmediatamente. Es el último capítulo del caso del coronel Popitek.

—Sí, señor. Inmediatamente…

El ayudante de dirección tomó los folios mecanografiados, les echó un vistazo, se dirigió hacia la puerta… y quedó como clavado allí mismo, en el umbral.

—Pe-pero, señor Grogan…

—¿Qué? —gritó Grogan.

—Pe-pero aquí… aquí dice…, aquí dice…

—Sé lo que dice. ¡A las máquinas con ello!

—Pe-pero…

—¡A las máquinas!

* * *

—Gracias, Peggy… —sonrió Brigitte—. ¿Verdad que es hoy cuando dan el telefilme de espionaje?

—Sí, señorita.

—Estupendo —sonrió la divina—. Lo veremos juntas y nos reiremos un poco. Ah, por favor, ¿quieres traerme el telegrama que llegó de Palestina esta mañana? Está sobre mi mesa del despacho. Y trae un poco de Dom Perignon y unas guindas…

Peggy regresó poco después, cuando Brigitte estaba contemplando el programa que precedía al telefilme de espionaje.

—El champaña, señorita. Y el telegrama de Palestina.

—Ah, sí… Bueno, siéntate… Va a empezar muy pronto ese divertido telefilme…

Bebió un sorbito de champán. Luego se colocó un cigarrillo en los labios… y cogió el telegrama. Lo leyó, sonrió y le prendió fuego

con la llama de su encendedor. Luego, aplicó la llama del telegrama a la punta de su cigarrillo. Pero, mientras ardía recordaba perfectamente su contenido:

> USTED TENÍA RAZÓN. Stop. DENTRO DE TRES DÍAS TODO HABRÁ TERMINADO PARA TOK. Stop. LA CONDENA NO HA PODIDO SER MÁS UNÁNIME Y JUSTA. Stop. SALUDOS DE
>
> JUDEO

—Señorita, que va a empezar el telefilme de espionaje…

—Oh… Estupendo, estupendo… Gracias, Peggy. ¡No me lo perdería por nada del mundo! ¡Es tan gracioso…!

FIN

Notas

[1] Véase *Los espías no existen*, de esta colección. <<

[2] El personaje «Alexandria» ha aparecido ya en las novelas *El espía alemán* y *Viaje de placer*, de esta misma colección, y es uno de los mejores amigos con que la espía Baby cuenta en todo el mundo. < <